27

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR







27
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde

EDICIONES UVE

© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 4135494 y 4135543.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones y Portada:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 40.781-1981.
ISBN: 84-7526-018-7.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

El juego de asesinar

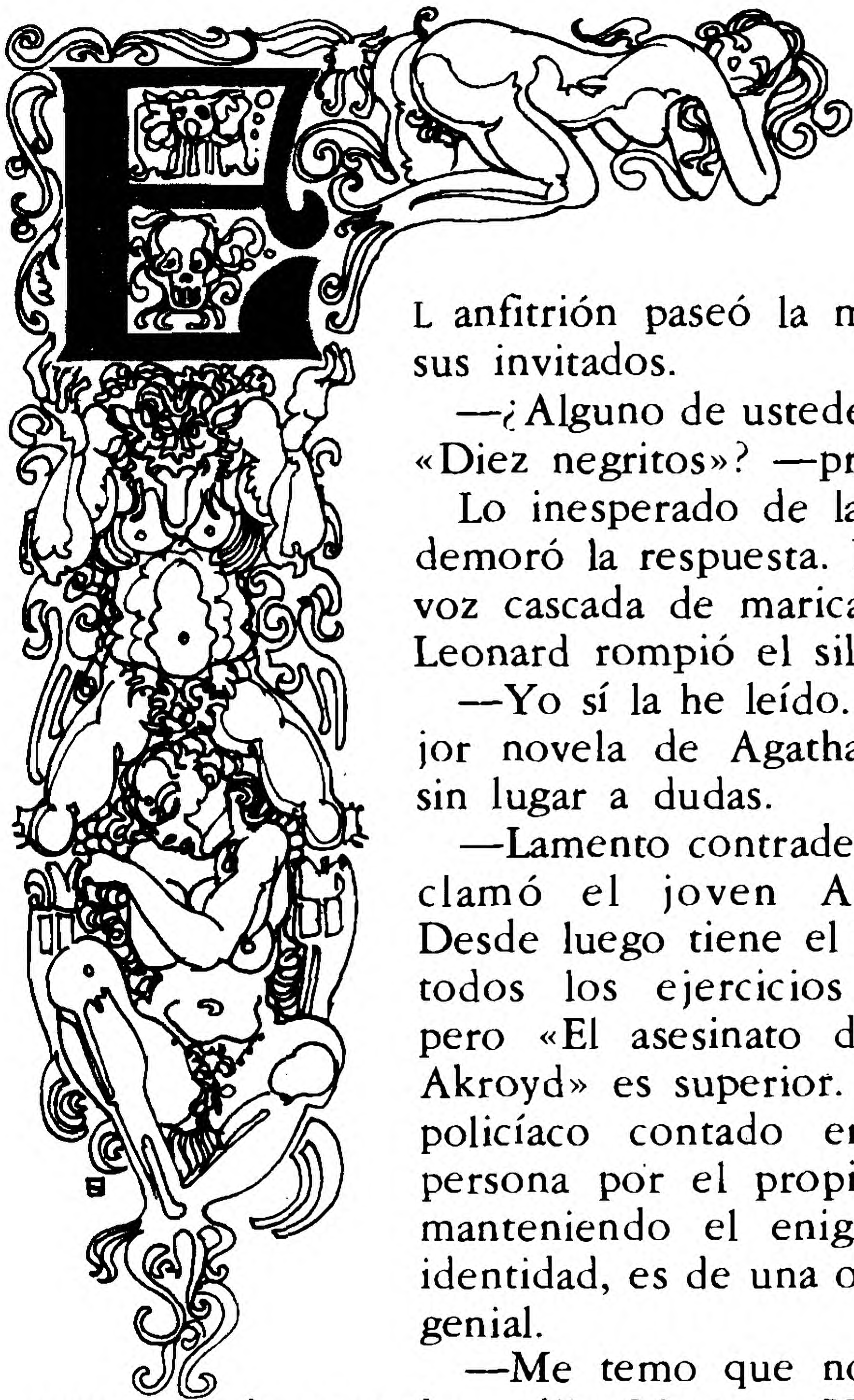




El juego de asesinar

Alberto S. Insúa

Todo se inició como un juego de salón, un divertimiento verbal en el que se competía en citas brillantes, referencias literarias... Luego, casi sin transición, la competición tomó derroteros macabros, caminos en los que el temor y el pánico dictaban las reglas del juego de los juegos: El Juego de la Muerte.



EL anfitrión paseó la mirada por sus invitados.

—¿Alguno de ustedes ha leído «Diez negritos»? —preguntó.

Lo inesperado de la pregunta demoró la respuesta. Por fin, la voz cascada de marica viejo de Leonard rompió el silencio.

—Yo sí la he leído. Es la mejor novela de Agatha Christie, sin lugar a dudas.

—Lamento contradecirle —exclamó el joven Amadeo—. Desde luego tiene el interés de todos los ejercicios cerrados, pero «El asesinato de Rogelio Akroyd» es superior. Un relato policíaco contado en primera persona por el propio asesino, manteniendo el enigma de su identidad, es de una originalidad genial.

—Me temo que no vamos a ponernos de acuerdo —dijo Marta—. Yo prefiero «Oriente Express»: una sola víctima y múltiples asesinos.

Se hizo de nuevo el silencio. El anfitrión fijó su mirada en los dos únicos comensales que no habían expresado su opinión.

—Y ustedes, ¿la han leído?

—Yo he visto la película —contestó por fin Edgar.

—Y yo la obra de teatro —añadió Laura, con una mueca displicente que contrajo su cara ajada de vieja meretriz.

—Un error por su parte —replicó el anfitrión—. Tanto la versión cinematográfica como la teatral son una traición lamentable a la idea misma de la novela. Una concesión imperdonable a la comercialidad y a un público convencional. En ambas, Lombard resulta ser un honesto y apasionado aventurero y la chica una joven intachable. No sólo se salvan, sino que además inician un romance que se supone ha de acabar en boda. ¡Repugnante! En la novela, son dos asesinos, los peores. La chica mata a Lombard, y luego se suicida ahorcándose. ¡Lo justo!

—Coincido con usted —exclamó alborozado Amadeo—. En este mundo no hay lugar para el sentimentalismo ni la convencionalidad.

Intentó continuar, pero una mirada del anfitrión le retuvo. El anciano retomó el uso de la palabra.

—Ese final es, justamente, lo más genial de la novela. El juez, convertido en verdugo justiciero, considera que ha llegado el momento en el que su intervención ya no es necesaria, y deja que los asesinos se maten entre ellos.

El viejo anfitrión, satisfecho, guardó silencio. Leonard, nervioso, pareció recorrer con la mirada los platos prácticamente intocados de la cena, antes de interpelarle.

—¿Puedo preguntar el sentido de esta discusión literaria?

—Desde luego —replicó el anfitrión—, se trata de preparar el terreno para un juego divertido: el de asesinar. Todos ustedes han matado antes, y pueden volver a matar si las circunstancias les obligan. Por eso están hoy aquí. Son cinco asesinos con suerte..., por el momento. Usted, Leonard asesinó a su joven amante cuando descubrió que le traicionaba... con una mujer. El joven Amadeo asesinó a su tío para heredar su fortuna. Fue fácil, aunque sórdido, poner fuera del alcance del viejo su medicina, y contemplar

impasible como se moría. Edgar, el flamante oficial de prisiones que nos acompaña, mató a golpes a un recluso. Ya se sabe, que en estos casos, las entidades oficiales echan tierra al asunto. ¡Y qué decir de nuestras encantadoras compañeras! Nuestra joven amiga Marta asesinó a su patrón y amante cuando éste descubrió que había otro hombre en su vida, y que, para colmo, le robaba. Claro, que eso no es nada, comparado con las actividades de la señora: prostitución, proxenetismo y trata de blancas. En una ocasión mató a una autostopista que escapó de sus garras.

Laura se levantó, blanca como el papel.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Todo es una asquerosa mentira!

El anfitrión no pareció inmutarse.

—Modere su lenguaje, amiga mía; no estamos en un burdel. Por descontado que poseo pruebas de lo que digo. Afortunadamente para ustedes, la pena de muerte ha sido abolida. Pero pueden acabar sus días en la cárcel. A menos que...

Edgar intervino con voz ronca.

—¿Qué pretende de nosotros?

—Algo muy sencillo —replicó el anfitrión— jugar. Un asesino y cuatro víctimas. ¿No han jugado nunca al ratón y el gato en un tablero de ajedrez? El juego que propongo, será parecido. Uno de ustedes está ya de acuerdo conmigo. El será el asesino. Ha accedido a representar ese papel a cambio de su libertad, y está dispuesto a matar a los otros cuatro. Un papel peligroso, pueden creerlo, ya que si ustedes le descubren y le matan habrán ganado el juego. Aquellos que sobrevivan, claro está. Les advierto que no hay huida posible, y si alguien se escapa acabará entre rejas a perpetuidad. Tampoco intenten nada contra mí. Eso agravaría su situación. Ahora les dejo, no sin antes hacerles una advertencia final: las reglas del juego son tan simples, o si se quiere tan amplias, que caben multitud de trampas. Espero de su inteligencia que sepan descubrirlas...

Antes de que cualquiera de ellos pudiera replicar,

el anfitrión, que había pronunciado sus últimas palabras puesto en pie, desapareció.

* * *

Pasado el primer momento de confusión, la reunión continuó de forma tormentosa.

—¡Les repito que nadie va a abandonar la casa! ¡Absolutamente nadie! —exclamó Edgar fuera de sí—. Ese viejo loco no dudará ni un momento en cumplir sus amenazas.

—¡Y permanecer aquí, cruzados de brazos, esperando que su compinche nos mate! ¡Está usted loco! —replicó Marta, muerta de miedo.

Leonard intervino con su voz atiplada.

—Les ruego tranquilidad. Creo que todos necesitamos reflexionar. Tiene que existir alguna salida para esta situación absurda, para esta locura. Mi propuesta es muy simple. Sólo hay una puerta de entrada y la cerradura es doble. Una de las llaves quedará en poder del señor Edgar. Usted, Amadeo, puede hacerse cargo de la segunda. El hecho de elegirles a ambos está en función de que pienso que sabrán defenderlas. Mañana...

—¡Mañana estaremos en la misma situación! —exclamó Laura interrumpiéndole.

—Yo no lo creo así —continuó Leonard—. Les propongo que ahora mismo subamos al piso de arriba y nos repartamos las habitaciones. Ni qué decir tiene, que una vez dentro cada cual atrancará la puerta. Mañana, a las ocho, volveremos a reunirnos. Cuanto menos nos separemos, las posibilidades de que el asesino nos ataque seran menores.

—Suponiendo que realmente se trate de uno de nosotros, como afirma ese loco —afirmó Amadeo.

—No hay motivo para dudar de sus palabras, querido —replicó Leonard—. ¿Están de acuerdo?

Hubo gruñidos de asentimiento y encogimientos de hombros, pero al final el grupo se puso en marcha hacia el piso de arriba. Al poco tiempo, cinco puertas

se cerraron haciendo crujir sus respectivas cerraduras.

* * *

Amadeo paseó la mirada por la habitación que le había tocado en suerte. El mobiliario parecía extraído de un viejo almacén de atrezzo teatral. La pieza más chocante era, sin duda, un enorme espejo de pie con el azogado en estado ruinoso y la luna rota por una raja sesgada, que lo atravesaba a lo ancho de parte a parte. Bordeó aquel mamotreto, observando con cierta sorpresa la ausencia del contrachapado de madera en su cara posterior.

Pero tenía demasiadas cosas en qué pensar para entretenerse con tonterías. Estaba claro que cualquier objeto, por inocente que pareciera, podía convertirse en un arma mortífera. El problema estaba en saber si alguien, a parte de él, tenía un arma de fuego. Eso incrementaría el peligro. Desde luego, era poco probable en el caso de Leonard y en el de cualquiera de las dos mujeres; pero era más que posible que Edgar llevara encima su arma reglamentaria. Eso le convertía en el más peligroso de los cuatro y, por tanto, el primero a eliminar.

Sumido en sus pensamientos, paseó de nuevo, de forma mecánica, la vista por la habitación. Su vista se detuvo ante el papel caído junto a la puerta. Asumió la situación nueva rápidamente. Estaba seguro de que hacía un momento, el papel no estaba allí. Alguien, al otro lado de la puerta, debía haberlo pasado por debajo, buscando su ayuda o tratando de tenderle una trampa. Se acercó de puntillas sin hacer ruido, y, sin necesidad de levantarlo del suelo, leyó el breve mensaje escrito con letra femenina: *Soy Marta. Por favor, ábreme.*

Tras un momento de vacilación, se decidió a abrir. Pensó que, a fin de cuentas, él era quien menos tenía que perder.

Efectivamente, Marta estaba esperando al otro lado de la puerta.

—¿Qué quiere de mí? —susurró Amadeo.

—Hablarle. Necesito su ayuda. A cambio, le ofrezco la mía —replicó Marta en voz baja.

—Una idea excelente. Pase.

Amadeo se hizo a un lado, y Marta penetró en la habitación. El cerró de nuevo la puerta con llave. Sonrió a la muchacha.

Ella habló lentamente, como midiendo las palabras.

—Hay poco que explicar. Usted me cae bien. No creo que sea el asesino. Supongo que se trata de una corazonada. Solos, no podremos defendernos. Juntos, en cambio...

—No es mala idea. Yo también confío en tí. No te importa que te tutee, ¿verdad? Desde luego, dos personas pueden trazar un plan y llevarlo a cabo mejor que una sola o defenderse mutuamente. De acuerdo, la asociación me parece perfecta. Me gustaría que comprendieras algo importante. No sé cuanto va a durar esto, pero no podemos dejar que el sueño o la debilidad nos venzan. No se si podremos dormir, pero tenemos que intentarlo. Además, durante el sueño el cerebro sigue trabajando y, con un poco de suerte, al despertar se tienen ideas brillantes...

Amadeo se había ido acercando a Marta mientras hablaba, y levantando su mano derecha sujetó la barbilla de la muchacha.

—¿Sabes que eres muy bonita...? —exclamó, mientras buscaba sus labios.

Marta, sorprendida, se dejó hacer. Tampoco opuso resistencia cuando Amadeo la fue empujando suavemente hacia la cama, mientras desabrochaba su blusa y hacía resbalar su falda. Luego la hizo caer sobre el lecho y, una vez liberado de sus ropas, la abrazó, comenzando a susurrar en su oído palabras de deseo, y lentamente la fue penetrando, sin que Marta abandonara ni por un momento su actitud de aceptación pasiva. Ni tan siquiera, en el momento del clímax de su inesperado amante, dio la muchacha muestra alguna

de experimentar la más mínima sensación. Finalmente, Amadeo se derrumbó a su lado y la miró con ojos de frustración.

—Ha sido maravilloso, pero podía haber sido aún mejor si hubieras cooperado un poco.

—Lo siento. Estoy terriblemente nerviosa —replicó Marta—. También ha sido maravilloso para mí. Esto nos une definitivamente. Ahora será más fácil dormir.

Amadeo sonrió, y como si las palabras de Marta hubieran sido una orden se cubrió con las sábanas y cerró los ojos. Ella dejó que el tiempo pasara lentamente, mientras que su cerebro bullía tempestuoso. ¡Tengo que salvarme, tengo que salvarme a toda costa! Esta frase martilleaba en su cerebro una y otra vez. Pasada una hora dirigió una rápida mirada a su compañero de lecho y estudió durante unos minutos su respiración regular. Poco a poco su brazo fue descendiendo y comenzó a tantear la ropa caída junto a la cama. Las yemas de sus dedos sintieron el tacto frío de la pequeña pistola; su mano la oprimió con fuerza; y el brazo armado comenzó a ascender con lentitud...

Un golpe seco paralizó sus músculos y las manos engarfiadas de Amadeo se cerraron sobre su cuello. Ni tan siquiera pudo exhalar un grito. Su boca se abrió intentando inhalar el aire que faltaba en sus pulmones y la presión de los dedos, actuando sobre las arterias del cuello, hizo que perdiera el conocimiento. Cuando, al cabo de mucho tiempo, Amadeo, jadeando por el esfuerzo, aflojó la presión de sus manos, llevaba ya algún tiempo muerta.

El cerebro de su asesino funcionaba ahora a toda velocidad. Tenía que sacar el cuerpo de Marta de su cuarto y llevarlo hasta la habitación de la muchacha. Si los otros tres descubrían que había matado a la chica caerían inmediatamente sobre él.

Guardó el arma y abrió la puerta con sigilo. El pasillo silencioso y las puertas cerradas resultaban esperanzadores. Vistió a toda prisa el cadáver, y tomándolo en sus brazos, recorrió con rapidez la distancia

que le separaba de la puerta cerrada del cuarto de Marta. Sintió un escalofrío al pensar que podría estar cerrada. Afortunadamente, no fue así. Entró rápidamente y la cerró sin ruido. Fue cuestión de pocos minutos arrancar el cordón de la cortina y enlazar con él el cuello de la muchacha. El gancho que sujetaba la lámpara del techo le sirvió de improvisada polea, y con gran esfuerzo izó el cadáver, hasta que los pies desnudos quedaron a medio metro del suelo. Luego ató el cordón al radiador de calefacción y depositó una silla volcada bajo el cuerpo que oscilaba ligeramente en el vacío. Todavía lanzó una mirada tratando de encontrar algún fallo en la macabra decoración que tan hábilmente había preparado. Al no encontrar ninguno, salió sigilosamente y se encaminó hacia su cuarto.

Al traspasar la puerta, un terrible empujón le precipitó contra el espejo. Trastabilló hacia delante, y su cabeza se estrelló contra la luna de cristal, haciéndola añicos que seccionaron su carne en múltiples lugares. Caído en el suelo, con el cuello apoyado sobre el listón inferior del marco del espejo, no pudo ver la improvisada cuchilla de guillotina —el mayor de los trozos del espejo roto de forma triangular— que situada en la parte superior, resbalaba por el acanalamiento del marco hasta casi seccionar su cuello en su caída, produciéndole la muerte. Luego, manos febriles rebuscaron en sus bolsillos descubriendo la pequeña pistola y apoderándose de la llave. Después, pasos quedos y apresurados abandonaron la habitación.

* * *

Leonard se volvió hacia sus dos compañeros que le observaban en silencio. Estaba realmente ridículo con su femenino delantal de flores. Trató de sonreír.

—La comida está lista. Espero que les guste.

Al no obtener respuesta, repartió la carne entre los platos. Ninguno de los otros dos la probó.

—Les juro que no está envenenada —exclamó Leonard.

Para corroborar sus palabras, comenzó a comer con afectación, cortando pedacitos diminutos y paladeándolos con deleite.

Edgar se unió a él, desgarrando grandes trozos del asado y engulléndolos con avidez.

Laura fue la última en empezar a comer. Lo hacía sin ganas, como si se tratara de una obligación penosa.

Leonard apartó su plato y exclamó:

—A mi juicio, resulta evidente que esa chica mató al muchacho y luego se suicidó. ¡Lástima, era un joven muy bien parecido!

Laura miró a ambos hombres. Había un fondo de miedo en sus ojos.

—Esa es una posibilidad —dijo—. La otra, es que el autor de ambas muertes haya sido cualquiera de ustedes.

—No veo razones para que usted se excluya —replicó Edgar indignado—. Les advierto que no pienso dejarme cazar como un conejo. Voy a encerrarme en mi cuarto ahora mismo. Hace rato subí unas cuantas latas, las suficientes para aguantar unos días. También les diré que tengo un revólver y sé cómo usarlo.

Laura saltó como una víbora a la que un pie ignorante acaba de pisar.

—¿Qué espera entonces? Dudo que lo que dice sea cierto. De ser así, a estas horas ya estaríamos muertos.

—Son ustedes dos —replicó Edgar— y lo suficientemente peligrosos como para dar un paso en falso. Pienso defenderme, pero no tengo por qué atacar. Si quieren seguir mi consejo, suban conmigo y enciérrense en su cuarto.

No hubo respuesta. En silencio, el trío se puso en marcha. Pasados unos momentos, tres puertas se cerraron con un crujir de vueltas de llaves.

* * *

Laura Simpson chasqueó los labios en una mueca de tensión acumulada. Pensó que los planes de Edgar estaban bien claros: acabar primero con uno de los dos o dejar que se mataran entre ellos y eliminar luego al que sobreviviera. Pero a ella tampoco la iban a pillar desprevenida. Los mataría a ambos, uno tras otro. También tenía una pistola. Sacó el arma y comprobó que estaba cargada, con una bala en la recámara aguardando el momento de ser disparada.

En ese momento escuchó claramente dos disparos, uno tras otro, seguidos de un grito ahogado. Muerta de miedo quedó inmovilizada, hasta que sintió el rumor de una veloz carrera por el pasillo que se detuvo junto a su cuarto. Empuñó el arma, dispuesta a disparar; y escuchó la voz de Edgar, que aporreaba su puerta.

—¡Abra, señora Simpson! ¡El asesino era ese marica! Intentó matarme y tuve que defenderme. Está muerto, en mi habitación.

Laura sintió que un escalofrío recorría su espalda. El momento había llegado. Con voz agria, replicó:

—No intente entrar. Ni espere que yo salga.

—Comprendo su actitud —añadió Edgar— pero le juro que todo ha terminado. Podremos irnos enseguida. Le propongo un trato. Voy a descargar mi revólver y a dejarlo delante de su puerta. Le repito que Leonard está muerto, en mi habitación. Le he puesto sobre la cama y he dejado su pistola en el suelo, después de descargarla. Teniendo usted las armas y yo las balas, podemos ambos estar seguros. Voy a bajar las escaleras, y hablaré desde abajo para demostrarle que no intento nada contra usted...

Sin aguardar la respuesta de Laura se alejó por el pasillo en dirección a las escaleras. Ella escuchó el rumor de sus pasos y el crujir de las maderas durante el descenso. La voz de Edgar llegó ahora lejana.

—Estoy abajo. Salga cuando quiera.

Laura abrió la puerta con precaución, dispuesta a disparar. Vio el revólver en el suelo y lo levantó con cuidado. Tenía, efectivamente, el cargador vacío. Lo

empuñó con la mano izquierda y recorrió con gran precaución el camino hasta la habitación de Edgar.

La puerta estaba abierta y Leonard, boca abajo sobre la cama, había empapado las sábanas con la misma sangre que manchaba sus manos y su cara. Laura, llena de asco, retiró los ojos del macabro espectáculo y buscó la pistola con la mirada. Estaba allí en el suelo, a un par de metros de la cama. Perdió un poco de tiempo cambiando el cargador de una pistola a otra. Afortunadamente, ambas armas eran distintas, pero el calibre era idéntico. Ahora todo iba a resultar muy fácil. Edgar reconocería la pistola de Leonard, y pensaría que estaba descargada. Dejó su propia pistola sobre la alfombra y salió de la habitación empuñando el arma cargada con la derecha y llevando el inútil revólver vacío en la izquierda.

Al llegar a la escalera, la voz de Edgar llegó de nuevo desde abajo.

—¿Lo ha visto ya, señora Simpson?

—Sí, lo he visto. Voy a bajar.

—De acuerdo, la esperaré en la cocina.

Laura comenzó a bajar con rapidez. A pesar de todo era importante tomar precauciones. La diferencia de altura la hacía vulnerable, aunque las luces encendidas evitarían cualquier sorpresa. Acabado el descenso escuchó de nuevo la voz de Edgar, más cercana.

—Tengo las dos llaves. Podremos irnos en un momento.

Cuando Laura llegó a la cocina, Edgar ya no estaba allí. Sorprendida, trató de volverse, pero un enorme martilló se estrelló contra su cráneo. Rodó por el suelo.

Edgar, triunfante, recogió el revólver del suelo. Lo cargaría en un momento. Iba a hacerlo, pero se volvió al escuchar la voz de Leonard.

—Picó el anzuelo. La verdad que fingirme muerto no fue un truco original, aunque no crea que resultó fácil contener la respiración tanto tiempo.

Mientras hablaba se inclinó, recogiendo del suelo

la otra pistola. Edgar, que estaba cargando su revólver, no dio importancia a este gesto. Exclamó:

—Es posible que no esté muerta. Las viejas tienen la cabeza dura.

—Lo comprobaré... después —replicó Leonard sonriendo. A continuación descargó el cargador completo sobre el pecho de Edgar, cuyos ojos se abrieron de estupor al escuchar el primer disparo, para luego contraerse de dolor y quedar finalmente fijos, mientras el cuerpo muerto se desplomaba.

Leonard no perdió el tiempo. Inclinándose sobre el cuerpo caído de Laura lo arrastró hasta la cocina e introdujo su cabeza en el horno. Luego abrió la llave del gas y miró el reloj. Media hora sería suficiente. Salió cerrando la puerta.

* * *

El anfitrión sonrió a Leonard. Estaban ambos en el comedor.

—Le felicito Leonard. Ha sido un trabajo brillante. Por favor, siéntese en esa silla y apoye las manos sobre la mesa. Comprenderá que tome precauciones. Es usted un hombre peligroso. Unas palabras y usted se irá.

—No tiene nada que temer —replicó Leonard; pero puso sus manos sobre la mesa y sintió bajo las palmas el frío contacto de la lámina de cobre incrustada en la madera, que de trecho en trecho ribeteaba la mesa.

El anfitrión continuó:

—Creo que le debo una explicación. Yo también he matado a algunas personas, impunemente. Para abreviar, le diré que he sido un funcionario muy especial. La abolición de la pena de muerte me dejó sin trabajo, aunque he seguido cobrando mi sueldo. Es más, de golpe y sin esperarlo, al azar ha puesto en mis manos un gran cantidad de dinero, que, habida cuenta mi edad, seré incapaz de gastar. Eso me ha permitido financiar esta pequeña aventura. Matar no

es nada fácil, aunque puede resultar terriblemente sencillo, según se mire. Hay que tener una justificación psicológica para hacerlo. La mía, durante muchos años, fue la justicia. Por eso, al jubilarme, pensé que debía continuar. Tengo buenas relaciones y pude conocer diversos casos de impunidad como los suyos. No me pareció justo que mientras otros habían pagado con su vida o con su libertad, ustedes estuvieran libres. Termino ya. En el juego había dos pequeñas trampas. La primera es que el trato que hice con usted, y que le convertía en el verdugo de los otros cuatro, lo hice también con ellos. Todos tenían la intención de matar a los demás para salvarse, pero usted ganó la partida...

—Ahora me explico muchas cosas —exclamó Leonard—. Nos engañó usted de mala forma.

—Era lo justo. Idénticas posibilidades para todos, y que gane el mejor. Es decir, usted. Con respecto a la segunda... ¿se ha fijado que los cuatro murieron en las diversas formas que la ley utiliza para ajusticiar? Marta ahorcada, Amadeo guillotinado, Edgar fusilado y, finalmente, Laura en una no muy ortodoxa cámara de gas. Todas las formas menos una: la silla eléctrica. Está usted libre, Leonard, libre de seguir asesinando...

El pie del anfitrión accionó el botón situado en el suelo, y los dos mil quinientos voltios recorrieron el cuerpo de Leonard. Sus manos, apoyadas sobre los dos terminales de cobre, cerraron el circuito; y un intenso olor a carne quemada se esparció por la habitación, mientras que la sangre hervía en sus venas y sus ojos se salían de las órbitas y se tornaban blancos, por efecto del calor.

El viejo verdugo interrumpió el paso de la corriente. Había sido su última experiencia con los asesinos y con la muerte. Ahora el juego había terminado.

Tren de noche





Tren de noche

Tomás L. Verdejo

El túnel, infinito, se pobló de gritos desgarradores, de presencias terribles... Y se convirtió en una gigantesca garganta en donde estallaban sollozos de dolor y de espanto...



LLOVIZNABA de forma persistente. La luz de las farolas reverberaba en el asfalto, a uno y otro lado del paseo de la estación. En el centro, las lámparas sujetadas por hilos metálicos que aprovechaban la parte más alta de los troncos de los árboles, se balanceaban con el empuje del viento.

El hombre de edad mediana y físico enjuto, se encogió en su cazadora de pana, apresurando el paso, mientras pensaba en la extraña metamorfosis de la vida humana. Horas antes, cuando el sol seguía ridiculizando los medios empleados por el hombre para sustituirle, al dejar su luz de vivificar la Tierra, todo era simulacro de poderío humano: coches, semáforos, comercios, luminosos, autobuses; privilegiados que aguardaban en cafeterías de lujo la hora de ir a ocupar las mesas reservadas en caros restaurantes; trabajadores que se dirigían a las casas de comidas; mujeres que atendían a los juegos de sus hijos en las plazas del pueblo; constructores que mostraban sus pisos pilotos a quienes aspiraban a la realización del sueño de un hogar; hombres sin importancia que pretendían ahogar su frustración en los vinos baratos de las tabernas y hombres solventes

con capacidad para decidir la suerte de los anteriores; hombres, en suma, entregados con desesperación a la tarea de destruirse mutuamente; rivalidad eterna entre la desgracia y la felicidad.

Ahora, medianoche, todo lo anterior parecía carecer de sentido. Noche de otoño, sí; fría y desapacible. Pero con paz. Era como si el transeúnte, a esas horas, fuese libre y poderoso, al margen de su condición económica o social. De noche, tanto las fuerzas conocidas de la Naturaleza como las aún ignoradas por la ciencia llamada oficial, emergían de entre las sombras, imponiéndose a la necia soberbia de un mundo empeñado en crear angustia e inseguridad.

El viento arrastró las campanadas del reloj de la iglesia románica que dominaba la Plaza Mayor, y el hombre se sorprendió a sí mismo pensando en la superstición popular que ubicaba a las almas de los muertos precisamente en la medianoche. Sin lugar a dudas, si existía otra vida después de la muerte y la Tierra quedaba impregnada con las energías psíquicas y espirituales de los que vivieron, la paz de la noche debería ofrecerles el ambiente idóneo para exteriorizar esa nueva existencia.

En el paseo no había ni un alma... Ni un alma humana, de vida convencional, naturalmente, porque, en virtud de lo pensado segundos antes, cabía suponer que todo lo que le rodeaba se hallaba tomado por las fuerzas del Más Allá. Sintió frío; no un frío puramente físico, derivado de las desapacibles condiciones ambientales, sino más bien un escalofrío interno provocado por el miedo a lo desconocido. Sonrió, burlándose de sí mismo. No era un hombre propenso a las autosugestiones de tipo esotérico, por la sencilla razón de que siempre había creído que el «más allá» no era otra cosa que un invento más del ser humano, empeñado, desesperadamente, en no admitir el hecho irreversible de la muerte. De la muerte definitiva.

La estación era funcional, sin ninguna aspiración arquitectónica, como sin duda correspondía a un an-

tiguo pueblo convertido en polígono industrial, en donde el movimiento de trenes era íntegramente de cercanías, llevando trabajadores desde la capital al pueblo, y viceversa. El que debería pasar era el último de la noche; si lo perdía, no tendría más remedio que pernoctar en alguna fonda del mismo pueblo. De haber tenido que levantarse a las siete de la mañana del día siguiente, no hubiese dudado en quedarse a dormir; pero, afortunadamente, había entrado de lleno en sus veinticuatro horas de descanso. Por eso se había quedado hasta medianoche, sumergido en el mundo frustrante y necesario de la barra americana.

El silbato del tren llegó nítidamente a sus oídos y se adentró con rapidez en el vestíbulo, al tiempo que echaba una ojeada a su reloj, sin comprender aquel adelanto de tres minutos sobre el horario previsto. Su sorpresa se incrementó al comprobar que se encontraba cerrada la ventanilla destinada al despacho de billetes.

El tren se hallaba en el andén y su silbato volvió a rajar el silencio de la noche. Dudó. ¿Era aquel el tren que debía tomar o esperaba al que, según rigidez horaria, debería pasar un par de minutos más tarde? ¿Dónde estaba el empleado de la estación? Ya empezaba a moverse. Y llevaba encendidas las luces de cada una de sus unidades. Si no estaba de servicio, ¿por qué la iluminación? Algo, una fuerza que no acertaba a definir —¿acaso la desconfianza en la exactitud de su reloj?—, le empujaba hacia el interior del tren. No lo pensó más, ya que, en cualquier caso, era evidente que se dirigiría a la estación término de la capital, también llamada ciudad dormitorio. Pulsó el botón que abría las puertas del último coche, casi con la seguridad de que éstas ya no se moverían, pero se equivocó y pudo subir sin demasiadas dificultades.

En el vagón no viajaba absolutamente nadie, de modo que pudo acomodarse junto a una de las ventanillas, al lado de la calefacción, apoyando los pies sobre el asiento de enfrente.

Parecía como si el maquinista tuviese prisa por llegar a destino; absolutamente comprensible. Sin prestar más atención a la rápida marcha del tren, sacó su ya exiguo paquete de cigarrillos y se llevó el penúltimo a los labios.

¿Por qué? ¿Por qué se acordó en aquel momento de la tragedia que un año antes había tenido lugar, cuando un tren fuera de servicio se deslizó, inutilizados los frenos, vía adelante, incrementando su velocidad sin que nada ni nadie pudiera detenerle, hasta colisionar con otro que iba cargado de viajeros? Al parecer, tenía una noche tonta, inexplicablemente propicia al miedo.

Exhalando una bocanada de humo, miró de nuevo a su alrededor.

¡Qué desasosegante era aquel vacío! Y aquel inconfundible ruido... Limpió el vaho con el dorso de la mano y pegó el rostro a la ventanilla, tratando de reconocer algo de un paisaje que ya le era aburridamente familiar.

Sin reprimir un gesto de sorpresa, volvió a consultar su reloj. Qué extraño era el sentido del tiempo. Aquel túnel acostumbraba a hacer su aparición a los quince minutos de viaje, empezando a contar desde la salida de la estación en que él había subido. Y no se habían cumplido ni siquiera ocho...

Todo en el vagón parecía quejarse ya de la imprudente velocidad; al chirriar de las ruedas, se unía el aparente desmoronamiento de toda la estructura metálica y el ruido ensordecedor que se amplificaba en las negras y pétreas paredes del interminable túnel.

¿Por qué, si la velocidad era mayor, tardaba tanto en salir? Quiso autoconvencerse de que todo se debía a su inhabitual estado de nerviosismo, promovido por un temor que, sin lugar a dudas, debería cimentarse en reminiscencias infantiles.

Se llenó los pulmones de humo y luego empezó a exhalarlo poco a poco, en un gesto de hombría que diese al traste con lo que aún quedaba en su ser de aquel niño que solía despertarse de madrugada, ate-

rrado por unas pesadillas que luego se prolongaban en la angustiosa oscuridad de su habitación.

De pronto, creyó captar unos extraños gemidos. No podían proceder del exterior, puesto que el tren seguía atravesando el interminable túnel. Si bien era posible que fuesen emitidos por algún animal arrollado en la vía, lo probable era que proviniesen del propio tren. Esta probabilidad se convirtió casi inmediatamente en convicción, ya que los aullidos de un animal herido no podían seguir oyéndose pasados varios segundos desde el instante en que hubiese sido alcanzado.

Y aquellos profundos lamentos iban incrementando su intensidad.

Sintiendo que el miedo se intensificaba, convencido de que estaba viviendo una situación inexplicable y de que aquel túnel no era el mismo por el que pasaba a diario, se levantó, advirtiendo un angustioso vacío en su vientre, y se precipitó hacia la plataforma, esperando encontrar allí la respuesta a la multitud de preguntas que ahogaban su mente.

Podía encontrarse con un niño abandonado, o con algún animal doméstico asustado. Pero no encontró nada.

Un desolador vacío.

Incluso miró en el lavabo.

Con dificultades para mantener el equilibrio ante el desintegrante traqueteo de un tren que ya tendría que haber descarrillado, prestó atención, con la respiración contenida, esperando volver a escuchar aquellos lamentos. Por fortuna no oyó nada y respiró con cierto alivio, recuperando parte del ánimo que parecía haber huido de su pecho.

Convencido de que, en efecto, había subido a un tren que no era el suyo, de que estaba recorriendo un trayecto absolutamente desconocido, y admitiendo su imposibilidad para enmendar el error, decidió volver al mismo asiento de antes, resignado a pasar su día de descanso en una especie de excursión no planificada.

Volvió a sacar el paquete de cigarrillos y encendió el último que le quedaba.

Intentó relajarse. Consiguió incluso un amago de bostezo.

Y de nuevo aquellos desgarrados gemidos...

Aquellos lejanos lamentos...

No había duda de que estaba adormiscado y de que su mente corría hacia el pasado con la misma desenfrenada velocidad con que el tren parecía buscar la salida del túnel.

Pero aquellos desgarrados lamentos...

El ruido ensordecedor estrellándose contra las paredes que parecían ir a encajonar al tren de un momento a otro, pretendía ahogarlos, sin conseguirlo.

Eran gritos infrahumanos, como surgidos de gargantas pertenecientes a seres de ultratumba que se debatiesen entre las garras de un dolor inimaginable. Tal vez satánico... Infernal... Como si las propias ruedas del tren, en su demoledora velocidad, fuesen triturando cuerpos, reventando paquetes abdominales, aplastando cráneos...

No, no eran gritos. Eran aullidos de hombres y mujeres, de mujeres y niños...

Se levantó bruscamente, desprendiéndose de la colilla que ya casi le quemaba las yemas de los dedos.

Hubiese jurado que estaba en la cama de su pensión familiar, sufriendo los embates de la más siniestra e impiadosa de las pesadillas. Pero no. Todo era real. Enloquecedoramente verídico.

Estaba allí, en aquel tren casi desguazado por la velocidad, en aquel túnel que ya hacía varios minutos que debería haber quedado atrás, pues no tenía conocimiento de que en todo el país existiese alguno con tan exagerada longitud.

Y fue entonces cuando el pánico hizo explosión en todo su ser, desgarrándole las entrañas. El vidrio de las ventanas iba salpicándose de manchas oscuras. Y era imposible que estuviese lloviendo dentro del propio túnel.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué era aquello que se

estrellaba contra los cristales, deslizándose luego con lentitud viscosa...? No, aquellas manchas no eran de lluvia; no... ¡Eran de sangre!

Se precipitó contra la ventana, ansiando que la propia luz del vagón, reflejada en las paredes del túnel, le permitiese ver lo que estaba sucediendo al otro lado, en los escasos centímetros que separaban la vía de la pared.

El grito reventó en su pecho, sin llegar a exteriorizarse en forma de sonido, partiéndole el poco ánimo que en ese momento hubiera podido quedarle.

Allí, entre la vía y la pared, se agitaban miembros humanos. Desgarrados. Separados del resto del cuerpo. Pero no se hallaban sumidos en el rígido abandono que hubiese sido lógico aún en la ilógica demencial de aquella pesadilla que estaba viviendo; se agitaban entre la propia sangre, crispándose a las piedras, agarrándose con desesperación a los bajos de los vagones, emergiendo de entre los hierros.

Retrocedió, golpeándose contra los asientos del otro lado, aterrado tanto por el horror que se ofrecía a sus ojos como por lo irracional de lo que estaba sucediendo.

Con ansiedad, sus ojos buscaron el vidrio de la ventana de enfrente y, junto a las manos que se crispaban a los hierros y arañaban el cristal, descubrió cabezas de hombres y mujeres, de niños y ancianos, que gritaban enloquecidos por el dolor; unas separadas del cuerpo, otras con la faz nauseabundamente destrozada; muchas con los cráneos abiertos, en horrenda mezcla de sangre y masas encefálicas, y todas, sin excepción, sometidas a una tortura inhumana que las hacían aullar, convirtiendo el túnel en una gigantesca garganta en donde se reventaban los gritos de dolor y espanto.

El infernal coro, como si estuviese siendo reproducido por el más fantástico equipo de sonido que el hombre fuese capaz de crear, era multidimensional. No sólo emergía del techo, del suelo, del pasillo y de las metálicas paredes, sino que era irresistiblemente

amplificado en su propio pecho, en su vientre, en su cabeza, en su propia alma...

Todas las ventanas aparecían ya salpicadas de sangre y los durmientes eran como marcos para retratos satánicos de gentes desmembradas, con los ojos desorbitados o las cuencas vacías.

Notó un contacto tibio en los dedos. Se miró aquella mano y descubrió una gota enorme y purpúrea. Elevó la mirada al techo, con todo su ser convertido ya en un ahogado grito de terror y comprobó que la sangre de los seres descuartizados que parecían arrastrarse sobre el techo del vagón, iba penetrando a través de la chapa, y goteaba sobre el suelo y los asientos.

Todo se entremezclaba con el estruendo del propio tren, lanzado a aquella velocidad sin control, como si delante, en el primer vagón, en la cabina de mando, no hubiese nadie que lo gobernase.

Y, bruscamente, resurgió en su cerebro el recuerdo de aquel tren que una trágica noche se deslizó solo, ausente de conductor, adquiriendo velocidad hasta precipitarse contra otro, cargado de viajeros, que circulaba en dirección contraria y por la misma vía.

¿Qué era aquello? ¿Es que los cuerpos desmembrados y los gritos de dolor y espanto, pertenecían a los espíritus de quienes perdieron la vida en aquel sobrecogedor accidente?

Todo negro; como la propia noche, como la misma muerte.

¿Por qué no terminaba, al fin, aquel siniestro túnel? ¿Acaso conducía a la oscuridad infinita y eterna de la muerte?

Impelido por este pensamiento, por aquellos gritos que parecían ir a desgarrarle los tímpanos en cualquier instante y por la espeluznante visión de rostros descompuestos, miembros agarrotados y muñones sanguinolentos que emergían por entre todas y cada una de las juntas de la estructura metálica de aquel vagón, echó a correr hacia el siguiente, según la di-

rección de la marcha del tren, ansiando que todo concluyese al llegar a la plataforma, anhelando que en el otro vagón se encontrase algún viajero, alguien a quien suplicarle que le arrancara de aquel satánico y torturante mundo.

La puerta de corredera iba de un lado a otro, de derecha a izquierda, abriéndose y cerrándose enloquecida por la velocidad. La sujetó con todas sus fuerzas y entró en el siguiente vagón, proyectando la ansiedad de su mirada hacia todos los asientos, buscando un rostro humano; pero su alma aterrada se perdió en aquel vacío, tan absoluto como desesperante. No había nadie. ¡Nadie! Estaba solo. Terriblemente solo en aquel tren infernal.

Los gritos seguían reventando en su cráneo, entremezclados con el chirriar de metales y con aquel olor inconfundible. Olor a muerto.

Los rostros continuaban crispándose a las ventanas, como suplicando su ayuda con gestos desesperantemente suplicantes. El techo y las paredes se resquebrajaban y por entre las grietas emergían miembros convertidos en escalofriantes muñones. La sangre encharcaba el suelo, precipitándose con violencia de un lado a otro, estrellándose contra los asientos, ante la brusquedad de las sacudidas que provocaba la desenfrenada velocidad.

Era como si el túnel se hallase repleto de personas que iban siendo arrolladas y destrozadas por las ruedas y por cada milímetro de carrocería.

Sintió que las fuerzas le abandonaban, que el terror se incrustaba en lo más hondo de su ser, helándole la médula espinal, con un frío que se la recorría en toda su longitud y se concentraba en la nuca, congelándole el cerebro.

Volvió a correr. Hacia el primer vagón. En busca de la cabina. Tenía que haber un conductor. ¿Tenía que haberlo? ¿No era todo tan monstruoso como inhumano en aquel tren?

Corrió, pisando la sangre, sintiendo como ésta salpicaba su pantalón; tapándose los oídos para intentar

ahogar, en parte, aquel horrendo estallido de dolor; procurando no mirar al suelo, ni al techo, ni a las ventanas... Pero los brazos macilentos, crispadas las manos, surgían de entre los asientos desgarrados, de entre cada una de las grietas de un tren que ya se encontraba con la carrocería absolutamente destrozada. Le impedían el paso. Tenía que avanzar apartando miembros que se agarraban a su ropa, pasando por encima de cuerpos horrendamente mutilados. Tenía que llegar hasta la cabina. ¡Tenía que llegar!

De nada servía que se tapase furiosamente los oídos, pugnando por cerrarlos a aquel satánico trueno de horror en que se habían convertido los desgarrados gritos de aquellos seres despedazados por el tren. Sus tímpanos iban a estallar, y hasta creyó sentir en las palmas de las manos la caliente viscosidad de su propia sangre.

Allí estaba el último vagón. No quiso mirar a los lados al atravesar la plataforma. Ya sabía que, a derecha e izquierda, surgiendo de entre las sombras del túnel, aparecerían rostros desfigurados por la estremecedora expresión del último momento o por el desgarro enloquecedor de quien ve morir triturado al ser más querido.

Las manos seguían tendiéndose, crispadamente, hacia su cuerpo; pero parecían carecer de fuerza para detenerle. Y avanzó hacia la cabina, con el corazón reventándole en el pecho, con un pánico que le abría los huesos.

Se orinaba. Defecaba. Era como si su cuerpo se estuviese abriendo en canal, y se le vaciase la vejiga y el paquete intestinal.

La puerta de la cabina estaba abierta y se mecía con violencia, sacudida por los embates de la velocidad.

¡Tenía que llegar!

Aunque no se sintiese las piernas. Aunque todo él fuese ya un gélido vacío, carente de energía y de voluntad.

Llegó. Y al asomarse descubrió que no había nadie. El tren no tenía ningún conductor. La cabina no era

más que una caja resquebrajada, repleta de miembros y de órganos humanos que iban de un lado a otro, precipitándose contra las paredes.

Y de pronto aquella luminosidad... Una luz que arrasó las formas de todo lo que había dentro de la cabina.

Miró al frente, buscando su procedencia... ¡Era el faro enorme de una máquina que venía de frente, que estaba encima...! ¡Luz cegadora que le introduciría violentamente en la eterna oscuridad de la muerte!

¡Ya estaba allí! ¡La colisión iba a producirse!

Se llevó las manos a los ojos arrasados por la potencia luminosa del faro, arañándose, uniendo su grito al desgarro del infierno polifónico de todos los demás, sabiendo que en unos instantes su cuerpo no sería más que un muñón de carne aplastada, como la de uno cualquiera de aquellos seres de ultratumba de los que inútilmente había tratado de huir...

—¡¡NOOOO!!

La playa a la luz de la luna

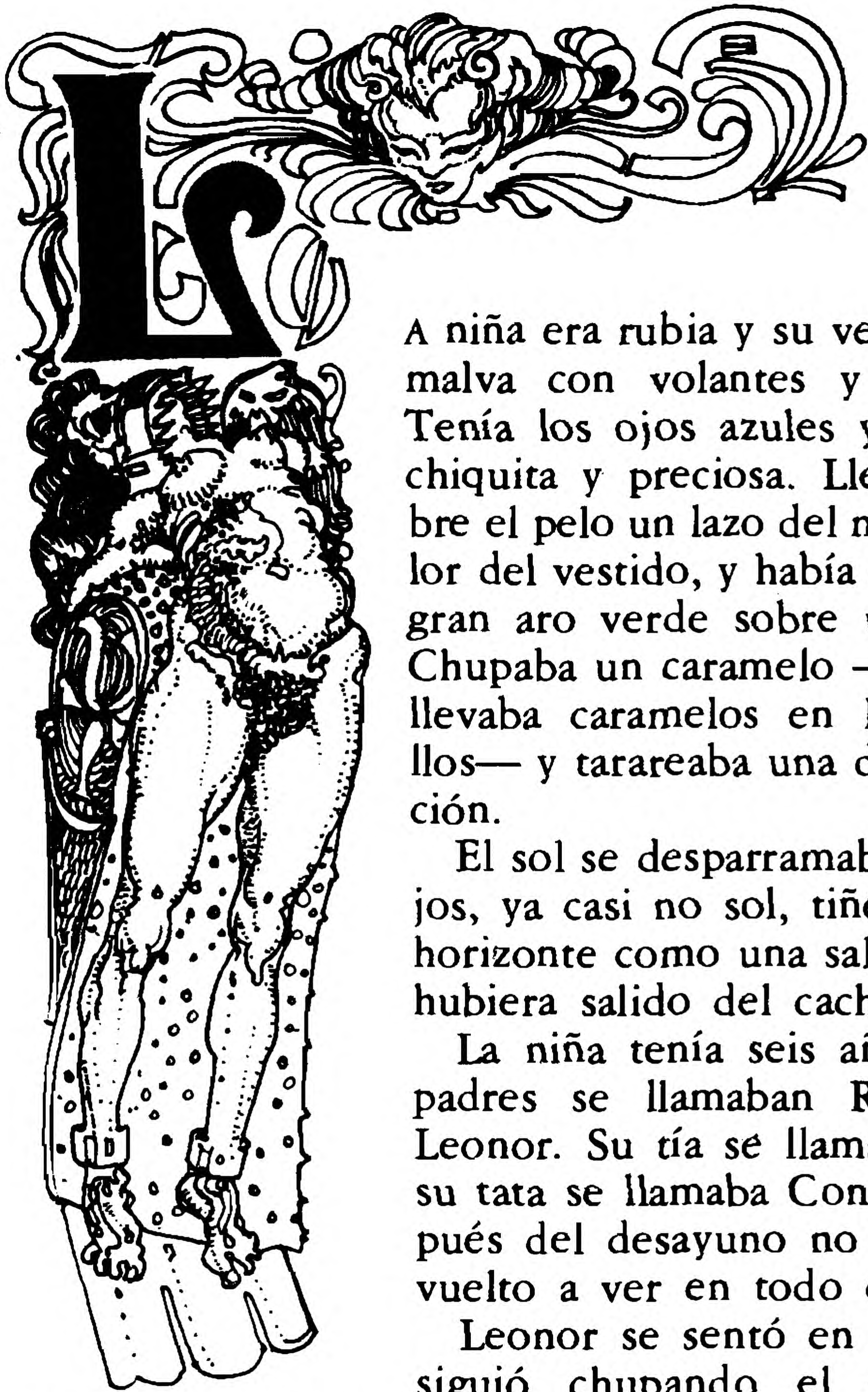




La playa a la luz de la luna

Juan Tébar

«... pues aquella era la playa de los palos de colores... Eran muchos palos rojos, verdes, azules, blancos, negros, todos clavados en el suelo, unos torcidos y otros derechos. Como un bosque».



LA niña era rubia y su vestido era malva con volantes y encajes. Tenía los ojos azules y la boca chiquita y preciosa. Llevaba sobre el pelo un lazo del mismo color del vestido, y había dejado el gran aro verde sobre una roca. Chupaba un caramelo —siempre llevaba caramelos en los bolsillos— y tarareaba una dulce canción.

El sol se desparramaba a lo lejos, ya casi no sol, tiñéndose el horizonte como una salsa que se hubiera salido del cacharro.

La niña tenía seis años y sus padres se llamaban Ricardo y Leonor. Su tía se llamaba Sol y su tata se llamaba Concha. Después del desayuno no los había vuelto a ver en todo el día.

Leonor se sentó en la roca y siguió chupando el caramelo. Hacía un bellísimo ocaso. Las líneas del mar y el cielo se estaban poniendo rojas, rojas, rojas, y la superficie del agua brillaba como un tesoro. El vaivén del mar —muy leve, casi nada— llevaba como cosquillas a la playa. Y de algún sitio venía un rumor de flautas encantadas. Era como el maravilloso país de Oz.

Leonor se había escapado aquella mañana. Andando, andando, saltando, saltando, paseando por las

laderas, y luego por los bosques y más tarde por pequeños caminos, y bajando a las playas, y metiéndose entre las rocas, yendo de una a otra, y descalzándose para cruzar los charquitos del mar. Hasta llegar a esta playa redonda, al ocaso. Al mar grande. Siempre con su aro rodando delante de ella incluso por los más escarpados lugares.

Ahora Leonor se mojaba los pies y aún no tenía pena por haberse perdido. Las dulces niñas de seis años son grandes insensatas.

El papá de Leonor —don Ricardo— era un caballero de gran barba que por las mañanas se ocupaba en ir a la Bolsa. Ahora, en verano, don Ricardo dormía mucho, y a última hora de la mañana leía el periódico en el jardín. Y por la tarde sacaba a mamá a pasear en coche.

Doña Leonor era una dama buena que cocinaba grandes pasteles dorados y tocaba el piano en el salón. Era muy bonita y siempre se bañaba en una habitación rosa con muchísima espuma. Mamá, después de comer, invitaba a doña Luisa y a Margarita y a las primas de Biarritz a tomar café.

Tía Sol era horrible. Tía Sol vestía de negro y llevaba cordón de hábito por promesa y un crucifijo grande, y usaba gafas y moño y sorbía manzanilla de una jícara, sentada en un sillón de mimbre junto a las grandes macetas de geranios. Tía Sol castigaba frecuentemente a Leonor con brutales pellizcos. La niña había curioseado a veces su habitación, donde guardaba una revista con hombres en traje de baño... Pero lo que más le gustaba a Leonor era el paquete de postales de colores. Con bordados y dedicatorias, de cuando la Tía era joven y hacía colección. También había coleccionado violetas la Tía Sol, y las ponía dentro de los libros de Misa y de los demás libros, que solían ser de Formación de la Mujer o de poesías.

La tata Concha era tonta, Leonor no la quería nada. Estaba muy contenta Leonor de estar sola ahí, en aquella playa escondida, sin Concha ni tía Sol ni nadie, pues aquella era la playa de los palos de colores

clavados en la arena, que ella había visto desde el coche tantas veces. Eran muchos palos rojos, verdes, azules, blancos, negros, todos clavados en el suelo, unos torcidos y otros derechos. Como un bosque.

La niña, tarareando siempre su dulce canción —«...Yo soy la viudita del conde de Oréee...»— se quedó mirando a aquel bulto que había a unos metros de la roca. Empujó el aro hasta allí donde aquel bulto que era un muerto. La niña se acercó.

«... de Orée... que quiero casarme y no tengo con quién...».

Los botines blancos y negros, el pantalón a rayas, el chaleco bien cerrado, el cuello duro y la chalina. Era un señor pálido y sonriente, muerto en la arena. Para ella sola. Para jugar ella sola y nadie más. Cuánto se alegró Leonor de que no estuviera allí la tonta de la chacha ni tía Sol con sus ojos vigilantes, ni nadie. El señor muerto era para ella.

Y Leonor se sentó en la playa, entre dos grandes palos —verde y negro— y empezó a tocar al muerto.

Estaba frío. Leonor sabía que los muertos estaban fríos. Ella sabía muchas cosas y más de lo que normalmente saben las niñas de su edad.

Sólo se lo contaría a Juan. Juan era su único amigo, un niño de diez años que leía libros, incluso libros para mayores. Juan era un niño pálido y muy nervioso que vivía con su madre en una casa gris que a Leonor le parecía muy triste. Juan coleccionaba gusanos de seda y también muchos pájaros raros. Los gusanos los tenía en unas cajas blancas de cartón y los pájaros en jaulas de perdiz. Cuando Leonor iba a verle, a veces abrían el pico a los pájaros con las dos menos y les llenaban de gusanos el buche. A los pájaros les gustaban, pero a veces, del empacho, se ponían enfermos, cerraban un ojo y se morían.

El muerto estaba tumbado como si descansara. Tenía un gesto de satisfacción que a Leonor le recordó a su padre durmiendo la siesta.

No era un señor guapo. Estaba muy pálido y muy delgado. Tenía grandes ojeras y unos labios gruesos y

colorados, como las caretas de carnaval. Leonor le dio con un pie y el muerto se tambaleó un poco sobre la arena. Le dio otra vez y el muerto se movió más. Entonces le dio una patada fuerte y casi pareció que el muerto la hubiese sentido.

La niña tarareó otra dulce canción...

«¿Dónde vas, Alfonso Doce, dónde vas, triste de tí...?»

En uno de sus bolsillos Leonor llevaba los caramelos y en otro llevaba una gran cantidad de cosas: Un acerico con alfileres; una tortuguita de plomo; una bolsa roja con canicas de vidrio; una hebra del pelo de su madre, cuidadosamente envuelto en papel celofán; unas tijeritas doradas; una estampa arrancada de la DIVINA COMEDIA de la biblioteca de papá; un frasquito de medicina amarilla que cogió un día del cuarto de Juan; una pieza de un rompecabezas (era un sol y las orejas a medias de un conejo...). Y muchas más cosas.

Del acerico sacó un alfiler y pinchó al señor en una mano. No salió sangre, y Leonor, entusiasmada lo hundió hasta la cabeza. Luego lo sacó. Hizo la misma operación en la otra mano, y luego tiró el alfiler al mar.

«... Voy en busca de Mercedes, que ayer tarde la perdí...»

El señor parecía dormido realmente. Incluso Leonor creyó observar que su sonrisa se movía...

Con las tijeritas doradas, la dulce niña jugó a cortarle el pelo. Había un mechón sobre la frente que ella empezó a recortar con detenimiento. Recortó, recortó, recortó, intentando con todo esmero dejarlo igualado, pero se aburrió y el mechón no había quedado bien.

Antes de guardar las tijeritas quiso probar suerte en las pestañas del señor. Recortó las pestañas, y hasta unos minúsculos trocitos de párpado que se guardó en el bolsillo, con las tijeras.

Luego cogió la cabeza del señor con ambas manos y la levantó hasta bien cerca de sus ojos... ¿Le miraba

aquel señor? Ahora había un orificio en sus ojos cerrados —el del trocito de párpado— y aunque era muy pequeño, los ojos estaban ahí, atravesando a Leonor con mirada curiosa.

—¿Cómo te llamas...? —preguntó la niña. Y el muerto no contestó. Y Leonor dejó caer la cabeza con ímpetu, y ésta rebotó contra la playa...

Leonor empezó a imaginarse nombres posibles del muerto —Juan..., no. Francisco... Moisés ... Ernesto, Richard, Rubén, Silver, Carlos, Ovidio...—. Y por cada nombre que decía en voz alta le daba un pellizco retorcido de los que tanto gustaba tía Sol. En el pellizco número veintitantos, ya sí, ya la niña pudo asegurarse que el muerto se rebullía inquieto.

El sol desaparecía a pasos de gigante. En una décima de segundo ya no hubo más. La oscuridad dio un repente terrible a la escena.

Leonor, que sabía más cosas que las niñas de su edad, notó que se había perdido. Y que haberse perdido quizá no era agradable y a lo peor no iba a resultar divertido.

Con la oscuridad empezaron a dibujarse las primeras estrellas y el muerto adquirió un nuevo tono amarillo.

Leonor empezó a darse cuenta de que no era buena compañía un cadáver. Y que realmente no se había portado bien con ese cadáver. Y que el cadáver había demostrado con bastante evidencia que se movía...

El muerto, vigilado por la guardia de todos aquellos palos clavados en la arena, miraba a Leonor. Y la niña tuvo frío...

La playa estaba espantosamente sola. Y retumbaba el mar. Leonor se mojó la falda con la espuma de una ola.

Sería imposible calcular cuántos minutos pasaron hasta que salió la luna.

Ya no era aquello el maravilloso país de Oz. Sí un cementerio a la orilla del mar. Un panteón, una helada mansión de los muertos, defendida por mil lanzas en selva interminable.

Y el muerto se incorporó. Y el muerto abrió los

ojos y miró sin pestañear a la niña, que ya no tarareaba ninguna dulce canción.

El muerto se puso de pie. Y entreabrió los labios. Y dos largos, afilados, sangrientos, ávidos colmillos centellearon como alfanjes a la luz de la luna.

Leonor gritó, porque las dulces y encantadoras niñas suelen tener miedo, aunque sean del temple de Leonor. Y gritó fuerte, con auténtico miedo, porque entendió a la perfección que aquel señor no había estado nunca realmente muerto (realmente era un NO MUERTO, como le hubiera explicado Juan, que sabía mucho de eso). Supo sin ninguna duda que aquello con lo que había estado jugando era un vampiro. Y la morbosidad y la perversión de Leonor no llegaban al extremo de que le gustasen los vampiros (A Juan sí... El decía que le entusiasmaban). Y menos en una playa solitaria, a la luz de una luna tan cruel, a doce horas y quién sabe cuántos kilómetros de la más cercana presencia de sus padres, su tía Sol y tata Concha, por más que no los quisiera mucho.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el vampiro. Y la niña no contestó. Y el vampiro cogió a la niña por la cabeza, y la soltó con ímpetu, y la cabeza rebotó contra la playa.

El vampiro dio con un pie a la niña, una y otra vez. Y luego le dio una patada fuerte, que hizo a Leonor sentir la boca llena de sangre.

Cuando el vampiro vio aparecer la sangre por la comisura y deslizarse como un arroyuelo por el mentón de la niña, se lanzó sobre ella con una gran sonrisa.

La niña había vuelto a sacar sus tijeritas doradas y se las clavó al vampiro, en el pecho. Consiguió escurrirse y echó a correr por la playa.

El vampiro se había vuelto a poner de pie. En el pecho, clavadas las tijeritas hasta el fondo. No hizo un gesto de dolor, ni uno solo, y lanzó un alarido escalofriante, un grito de ave de presa, un sonido de guerra, total, desgarrador, mitológico. Parecía el rey de la noche, el rey de la playa, el rey del mar, el rey de la luna. Y en una fracción de segundo se convirtió

en un murciélago, que iba en picado sin freno hacia la niña del lazo y el vestido malva, con sus volantes y encajes (aquella que cantaba las dulces canciones...), lanzada ahora a la más loca carrera entre las innumerables estacas de colores.

Leonor dio vueltas, vueltas, vueltas, vueltas, entre una estaca azul y una estaca roja; entre una estaca negra y una estaca verde; entre una amarilla, una gris, una blanca, una azafrán, una turquesa, una ciclamen, una innombrable estaca de indefinible color, larga y puntiaguda como una pica. Y arrancó la estaca verde y se la lanzó al vampiro hacia los aires, y le lanzó la estaca amarilla, y la turquesa y la negra, y la indefinible, y todas las estacas que se iban ofreciendo a su paso, sin mirar casi, confiando en clavarle, en atravesarle contra la luna, perforándole el corazón, único modo —como bien le había explicado Juan— de librarse de un vampiro.

La niña miró por fin atrás. Y de cada estaca desclavada había surgido un vampiro, porque bajo cada estaca de color descansaba un vampiro su sueño casi eterno, con la playa sobre su letargo. Y la niña comprendió que aquel rincón del mundo era un cementerio de vampiros y ella había liberado a centenares, a miles de aquellos monstruos. Por cada estaca clavada en la arena, un vampiro indefenso la soportaba en el corazón.

Ya eran tantos los murciélagos que volaban en círculo... Leonor cayó en el suelo y cerró los ojos. Notó la viscosa nube sobre su piel. Y en su garganta los labios y los dientes, y las risas, y los jadeos. Y gritó, gritó, gritó, sin que nadie la oyera, salvo todos los vampiros soliviantados por su perversidad.

Todos los murciélagos —alguien podría verlos en plano cenital si se hubiera colgado de la luna— se transformaron en miles de reyes nocturnos vestidos con perfecta elegancia de grandes caballeros.

Empezaron el juego lanzando a la niña por los aires tras cada bocado, en loca, sublime y alborozada orgía...

El testigo

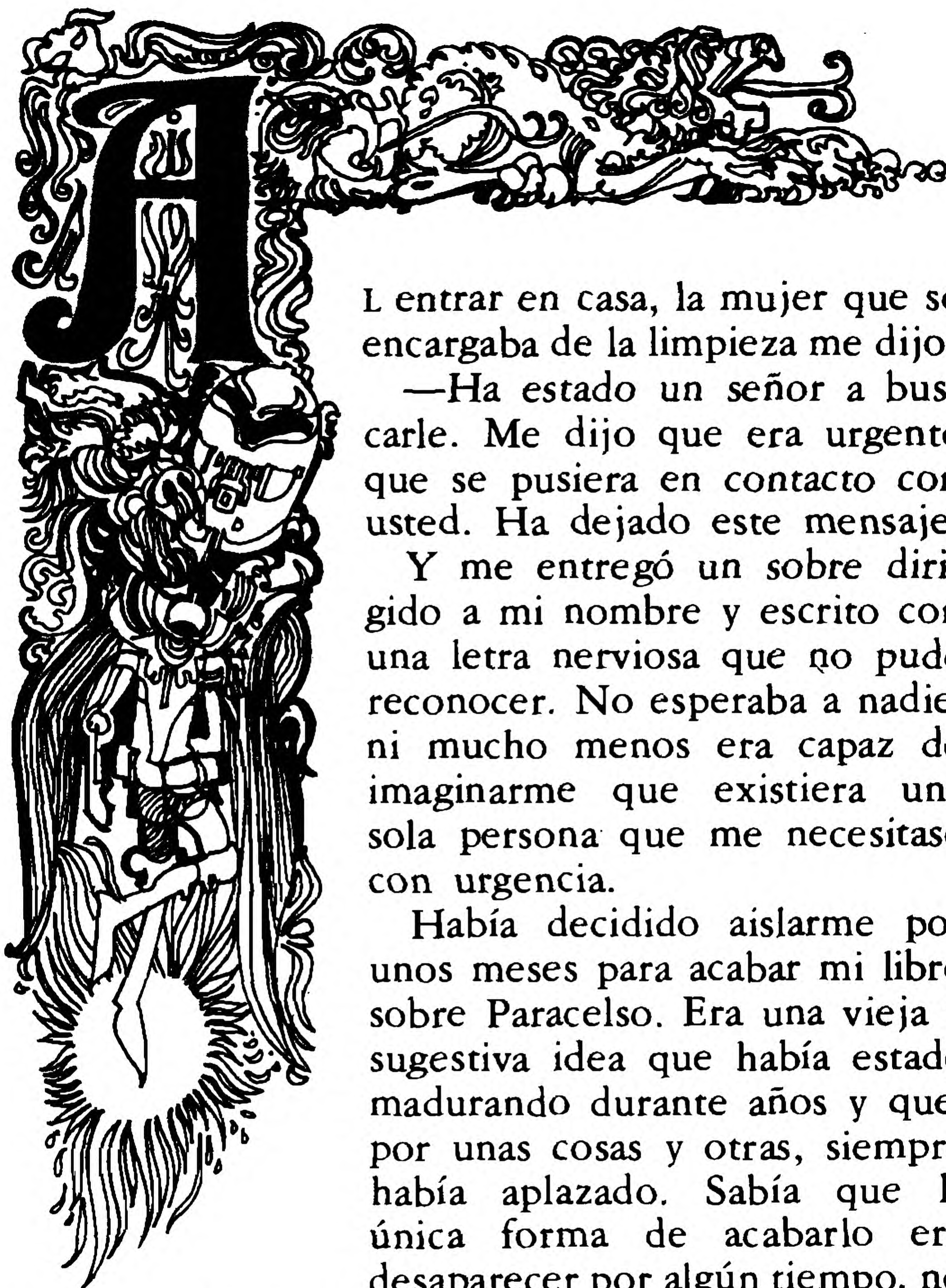




El testigo

Fernando Martín Iniesta

Un antiguo amigo, del que ya casi ni guardaba memoria, volvió a su vida, interrumpiendo su voluntario aislamiento, para hacerle testimonio vivo de unos hechos sin explicación racional posible...



AL entrar en casa, la mujer que se encargaba de la limpieza me dijo:

—Ha estado un señor a buscarle. Me dijo que era urgente que se pusiera en contacto con usted. Ha dejado este mensaje.

Y me entregó un sobre dirigido a mi nombre y escrito con una letra nerviosa que no pude reconocer. No esperaba a nadie, ni mucho menos era capaz de imaginarme que existiera una sola persona que me necesitase con urgencia.

Había decidido aislarme por unos meses para acabar mi libro sobre Paracelso. Era una vieja y sugestiva idea que había estado madurando durante años y que, por unas cosas y otras, siempre había aplazado. Sabía que la única forma de acabarlo era desaparecer por algún tiempo, no dejar a nadie mi dirección ni mi número de teléfono. Cuando lo creyera oportuno o me cansara de aquel voluntario aislamiento, regresaría. Había elegido cuidadosamente aquel retiro: una playa solitaria, bastante frecuentada en la temporada estival, pero completamente deshabitada en diciembre. Cuando alquilé el apartamento, la señorita de la agencia me miró como a un bicho raro, y me dijo:

—¿Sabe usted que allí no vive nadie en invierno?

—Lo suponía.

—Se lo digo porque puede encontrar incluso dificultades para que alguien le haga la limpieza.

—Precisamente estar solo es lo que busco.

Cuántos comentarios estaba decidida a hacer se los calló al observar que no discutí el precio que me había pedido, pese a ser demasiado alto para esta época del año. La casualidad me hizo hallar a aquella mujer, viuda de un pescador fallecido en un naufragio, la misma mañana que llegué a la playa. Vivía en un pueblecito cercano y venía una vez a la semana a cuidar un chalet cuyos propietarios vivían en el extranjero y con los cuales había adquirido aquel compromiso dos años antes. Le propuse que me hiciese la limpieza y aceptó. La haría una vez por semana y el mismo día que acostumbraba a venir a cuidar del chalet. Creo que era la única persona que sabía mi nombre por aquellos parajes, y lo sabía por haberlo leído en la tarjeta que yo había colocado en mi carpeta de trabajo como única precaución por si perdía aquellos manuscritos que eran el trabajo de muchos años de documentación.

Mi sorpresa, al recibir aquel sobre, superó mi curiosidad. Pensé: «¡Vaya, ya te han descubierto! Seguro que no vas a poder seguir trabajando tranquilo». Pero disimulé mi impaciencia y sólo cuando me senté cómodamente en mi sillón de trabajo, abrí el sobre.

La letra no la asocié con la de nadie conocido por lo que busqué inmediatamente la firma, antes de leer su contenido: «Iván», sin un solo apellido. No recordaba ningún Iván en aquel momento, por lo que seguí leyendo: «Querido amigo...» ¿Qué Iván podía llamarme amigo? ¿Como no fuera...? Por lo que haciendo un esfuerzo para dejar de adivinar, decidí leer aquella cuartilla:

«Querido amigo: Te extrañará saber de mí al cabo de tantos años. Yo, sin embargo, he leído todos tus libros y he seguido de cerca tus actividades. Hace unos meses, por la

prensa, supe que estabas trabajando en una obra sobre Paracelso. Creo que puedo serte útil en este trabajo... a cambio de que tú me lo seas a mí haciéndome un pequeño favor. A su debido tiempo ya sabrás de qué se trata. Localizarte no ha sido fácil y me ha obligado a reunir todos los medios a mi alcance... Pérdóname que rompa la paz de tu retiro, pero creo que el asunto es lo suficientemente importante como para hacerlo... Volveré mañana y sabrás todo. Hasta entonces, un abrazo. Iván».

¡Sólo una persona podía aparecer de aquella manera tan súbita al cabo de los años! Y, esta era Iván, un viejo compañero de estudios del que había recibido, esporádicamente, postales desde los lugares más inverosímiles del mundo: Egipto, el Himalaya, las selvas amazónicas... Nunca había tenido la oportunidad de contestarle a ninguna de aquellas postales ya que jamás había puesto una sola vez su remite en ellas.

Creo que si no hubiese sido por lo que significaba de ruptura de mis planes, aquella intromisión me hubiese resultado hasta divertida.

Intenté trabajar y no pude. Iván comenzó a ocupar todos mis pensamientos. ¿Qué había sido de su vida? ¿A qué se debía aquel continuo peregrinar por el mundo? ¿A qué se dedicaba? Preguntas, preguntas con las que estuve jugando bastante tiempo sin resignarme a que fuese él quién me las contestase. Recordé que en la residencia de estudiantes ya le llamábamos «El Brujo» y no porque mostrase afición alguna al ocultismo, sino por su aspecto: tenía los ojos hundidos, de un negro brillante, vivos y penetrantes. Su piel era ya —a pesar de los pocos años— acartonada y terrosa como la de una momia. El pelo, lacio y rojizo parecía de esparto. Bajo de estaura, flaco de carnes, poseía unas manos pequeñas, de finos dedos, que siempre daban la sensación de estar grabando signos enigmáticos en el aire. Recordé también —¡y esto fue sorprendente!— que fue a Iván a quien oí hablar por vez primera de Paracelso. ¿Tendría, realmente, algo interesante que aportar para mi libro?

Esta idea me creó una desconocida avidez por su llegada. Haciendo un gran esfuerzo volví a intentar ensimismarme en el trabajo. Me fue imposible, por lo que me preparé un whisky, luego otro y luego... perdiendo la noción del tiempo, me quedé dormido.

Me despertó el timbre de la puerta. Sonó como si más que un sonido fuese una descarga eléctrica. Había anochecido y me dirigí hacia la puerta. Al abrirla, la sorpresa me sobrecogió: ante mí estaba Iván. ¡El mismo Iván que había conocido treinta años antes! Sus ojos, su lacio pelo, su acartonada y terrosa piel no habían cambiado nada. Era la misma imagen que conservaba en mi recuerdo. Busqué inútilmente una sola arruga en su rostro, una sola cana en su pelo, algo que me indicase que el tiempo había pasado por él: ¡ni un sólo indicio! Sólo cuando me habló, cuando me dijo: «¿No me invitas a pasar?», observé que su voz era más profunda, carente de emoción y como un eco que rebotase contra las paredes. Me dio la sensación de venir de una remota y oscura caverna.

Cuando estábamos ya cómodamente sentados en el saloncito y aún no me había repuesto de la sorpresa, Iván comenzó su relato. Al preguntarle que cómo había logrado dar conmigo, me contestó que utilizando los servicios de una agencia de detectives.

Mi curiosidad por conocer qué había estado haciendo en tantos y tan extraños países, sólo la satisfizo a medias: «Eso lo comprenderás más tarde, si aceptas hacerme el vavor que voy a pedirte... Por ahora, sólo puedo decirte que he estado... buscándome a mí mismo». La tópica frase sólo fui capaz de interpretarla en su vulgar acepción de la búsqueda que todo hombre realiza de sus posibilidades, su vocación y la seguridad en sí mismo. Más tarde comprendí lo equivocado que había estado en mis apreciaciones. Sobre su estancia en el Himalaya, afirmó que el éxito la había acompañado, logrando encontrar lo que buscaba. De Egipto insinuó que había estado para descifrar un jeroglífico hallado en la tumba de Ramsés II, y cuyo significado había permanecido

oculto durante siglos. Quise saber qué significado era aquel y, sin mover un sólo músculo de su rostro, con voz que me pareció silbante y con una mueca de ironía en sus acerados ojos, contestó con sencillez: «La prueba de la eternidad del hombre». Sobre las selvas amazónicas se limitó a contestar que había buscado el origen de la agresividad en el hombre: «Sólo un indio pacífico, lejos de toda civilización, sin problemas de subsistencia y cuya única pasión es el poder, podía llevarme al origen de la violencia». No estaba decidido a decirme nada más de momento, y me consideré obligado a respetar su silencio y su enigma. Eran ya altas horas de la madrugada cuando, después de haber estado recordando los tiempos de la residencia, sin que por parte de Iván se hubiese mostrado, en ningún momento, el más leve signo de añoranza o emoción, y de beber respetables cantidades de whisky, decidimos acostarnos. Al llevar a Iván hasta su habitación, cuando íbamos a despedirnos, mirándome con tanta fijeza que me sentí estremecer, me dijo:

—No me has preguntado por qué he venido.

—Esperaba que tú me lo dijeras... al creerlo oportuno.

—Tampoco qué quiero de tí...

—Tampoco.

—¿No sientes curiosidad?

—Mucha.

—He venido a buscarte para que seas testigo de unos hechos que te parecerán sorprendentes, pero que, para mí, son normales.

— ¿Qué hechos?

—Ya lo sabrás... Y a pedirte que los narres. Sé que ésto no es necesario que te lo pida ya que, más tarde o más temprano, tu deformación profesional te hará escribirlos... Pero aquí entra en juego ese favor que quiero pedirte... Es, sencillamente, que no los enjuicies, que te limites a narrarlos con toda sencillez, sin buscar sus causas... Hay hechos que, para ciertas cul-

turas, sólo deben justificarse por sí mismos... Son... Y en ser está su única posible explicación...

—¿Por qué no los narras tú?

—No. No... Yo necesito un cronista y un testigo... Creo que ese eres tú...

Sonreí y le di las buenas noches. No pude dejar de pensar, sin embargo, si Iván se había vuelto loco, o llegado a tal grado de vanidad como para pensar que yo debía ser su cronista. Iván siempre me había parecido uno de esos seres anodinos y grises, incapaces de hacer nada brillante. Ni siquiera el relato de sus viajes me hizo perder el concepto que tenía de él.

Decidí acostarme. Apenas apagué la luz, me quedé dormido.

Me despertó el inconfundible ruido del chapoteo de unos remos en el agua. Era un sonido rítmico y firme como provocado por un centenar de remos. Una voz gutural y seca acompañaba el chapoteo de los remos. De cuando en cuando se oía el restañar de un látigo y el *crac* de una piel al quebrarse. Me levanté agitado y abrí el gran ventanal de mi dormitorio que daba al mar. Lo que vi me resultó tan sorprendente que tuve que frotarme los ojos por si todavía seguía dormido. Bajo las primeras luces del amanecer, y en la bahía, bogaba, acercándose hacia la playa, una nave egipcia. Su dorado color contrastaba con las grises aguas encalmadas del amanecer. La movían un ventenar de esclavos desnudos de medio cuerpo. Un hombre cubierto con una máscara dorada y vestido con una extraña túnica, daba aquellas voces rítmicas. Un fornido guardián —su estatura podría alcanzar los dos metros— restañaba un látigo haciéndolo caer sobre las espaldas de los remeros. En el mascarón de proa estaban atados, y totalmente desnudos un muchacho y una muchacha que no deberían tener más de doce o trece años. En la popa, bajo un toldillo y recostado en una especie de lecho cuyo fondo estaba formado por tiras de cuero... ¡estaba Iván! Vestía una túnica morada que le llegaba hasta los pies, y, en la cabeza estaba tocado con un gorro

representando un águila devorando a una serpiente. La nave llegó escasamente a diez metros de la playa. En aquel instante, el sol naciente la hizo reflejar como si fuera de oro. Los esclavos dejaron de remar y levantaron los remos hacia el cielo. El silencio era cortante y tenso. Ni una brizna de viento mecía las aguas. Iván hizo un gesto levantando la mano. El hombre fornido desató a los adolescentes y los llevó hasta una roca que sobresalía en la playa. Iván descendió de la nave y fue hasta la roca. Grabó en el aire unos signos extraños. Los adolescentes se abrazaron presos de terror. El hombre fornido, con un fino alfange, asestó un terrible golpe a los muchachos. Sus cabezas cayeron separadas de los troncos, en la roca. Iván, mojándose la túnica hasta casi las rodillas, caminó en dirección a la playa. Al llegar a la seca arena se volvió hacia la nave, hizo un nuevo gesto y ésta viró totalmente hasta enfilar alta mar. Iván se quedó en la playa viéndola partir.

De repente, un viento huracanado agitó las tranquilas aguas, el mar se enfureció y levantó olas de veinte metros mientras el sol se oscurecía dejando ver, por última vez, la nave zozobrante ante la tormenta y la figura de Iván en la playa con los brazos levantados. Una fina e intensa lluvia, que apenas duró unos segundos, borró las imágenes de mi vista. Cuando cesó, las arenas estaban mojadas y las rocas del acantilado brillaban por la reciente lluvia. El sol volvió a surgir en todo su esplendor.

Precipitadamente me puse una bata sobre los hombros y subí hasta la habitación donde había dejado a Iván: ¡No había nadie! La cama estaba intacta, sin deshacer. Las ventanas abiertas de par en par dejaban entrar el sol brillante y poderoso. Bajé hasta el salón, y allí, sobre la mesa, estaban los dos vasos usados la noche anterior y la botella de whiky casi vacía. En la repisa de la chimenea estaba la carta de Iván, pero enrollada y metida en una ajorca de oro que tenía grabado un jeroglífico que me pareció egipcio.

Bajé hasta la playa y me dirigí hacia la roca que

sobresalía en ella. ¡Estaba roja y brillante, y yo recordaba haberla visto siempre negra! Enfebrecido, pasé las manos sobre la roca, y, al levantarlas, las vi manchadas de un líquido viscoso y rojo. Con repugnancia las lavé en el agua salada que, por unos instantes, se puso rojiza.

Pasé varias horas contemplando ensimismado aquellos signos de la ajorca sin poder adivinar su significado. Llegué a aprenderlos de memoria: representaban un sol refulgente cuyos rayos caían sobre un hombre sentado en un trono con un pápiro abierto en señal de lectura o dictamen y señalando con una mano una pirámide truncada, que evidenciaba ser un monumento funerario. Otra figura, en actitud sumisa, parecía escuchar una sentencia.

Incapaz de sentarme ante mi mesa de trabajo, decidí dar un paseo hasta el acantilado. Me habían dicho que existía una cueva profunda en la que el eco de la voz humana cobraba caracteres curiosos y desconocidos. Era mi propósito, desde que tuve conocimiento de ella, visitarla. Pero la pasión que había puesto en mi trabajo, me lo había impedido. Creí que nada mejor podía hacer en aquellas horas que la excursión.

Caminé hasta el acantilado y pronto, oculta entre unos matorrales, descubrí la cueva. Me senté a la entrada a fumar un cigarrillo. Ignoro el tiempo que estuve allí sin poder olvidar un solo momento a Iván y aquella curiosa alucinación que había sufrido. Al intentar encender otro pitillo comprobé que el paquete estaba vacío, que prácticamente me lo había fumado todo con una pérdida total de la conciencia del tiempo. Esto me hizo recordar para qué había subido hasta allí y me decidí a entrar en la cueva. Apenas crucé el ramaje y me adentré en ella, resbalé y solté una exclamación. El eco desfiguró mis palabras y me descubrió, nítida e inconfundible, la voz de... ¡Iván! Tuve que hacer un profundo esfuerzo para convencerme a mí mismo que todo era simple y llanamente, sugestión.

Había decidido regresar sin seguir adelante

cuando, al volver la vista hacia el interior, casi con una mirada de despedida, descubrí una figura de pie, envuelta en extrañas vendas y con la cara descubierta. Mi curiosidad venció el temor que comenzaba a apoderarse de mí y me acerqué hasta ella. ¡Era una momia, una momia egipcia cuyo rostro... era el de Iván!

Regresé precipitadamente a casa, cogí el coche y me acerqué hasta el pueblo en busca de un teléfono. Pensé dar cuenta a las autoridades de mi hallazgo pero, meditando lo que podía significar de ridícula aquella historia, en vez de a la policía, llamé al director del Museo Arqueológico. Se puso inmediatamente al teléfono:

—¿Está seguro que es una momia egipcia?

—Seguro.

—Es extraño... muy extraño... porque, anoche, robaron una del Museo... Espéreme. Llegaré dentro de un par de horas. Gracias por avisarme.

Esperé impaciente la llegada del Director del Museo. Pese a invitarme a acompañarle hasta la cueva, rechacé su ofrecimiento. Esperé a que los técnicos del museo realizasen la operación de rescate y traslado de la momia e invité a una copa en casa al director:

—Lo que no comprendo —me dijo— es cómo pudieron robarla. Estaba en una vitrina ya que el contacto con el aire podría deshacerla en unas pocas horas. Sin embargo, no ha sufrido daño alguno. ¡Es verdaderamente incomprensible como pudieron trasladarla hasta esa cueva sin que sufriera daño alguno.

Nada le dije de la historia de Iván, pero le mostré la ajorca de oro. Fue incapaz de descifrarla, aunque me aseguró que aquella joya era valiosísima, ofreciéndoseme a gestionarme su venta, si este era mi deseo. Sin una idea clara de por qué, me negué a desprenderme de ella.

* * *

El libro sobre Paracelso fue abandonado. Cuantas

veces intenté concluirlo, una extraña sensación de repugnancia imposibilitaba su redacción. El libro e Iván, fueron, con el tiempo, relegados al olvido.

Hace unos días estuve en casa de mi amigo Alfred Murray, eminente egiptólogo y hombre de gran prestigio en el campo de la arqueología. Por azar encontró la ajorca en mi mesa. Su interés fue enorme al verla. Me preguntó dónde la había hallado. Le dije que en la playa de aquella estación veraniega, por no confesar el enigma de su aparición. Me hizo recordar la fecha. Yo la recordaba perfectamente.

—¡Increíble! Por aquellos días, y en aquel sitio, unos buceadores hallaron los rastros de una nave egipcia, cuyas maderas estaban recubiertas de una aleación de metal parecido al oro, lo que hizo posible su conservación bajo las aguas... ¡Eres un hombre de suerte!... ¡Esta ajorca vale una fortuna!

Le pedí que me descifrara el jeroglífico. Subió a su cuarto de trabajo y después de varias horas bajó con el rostro gozoso de quien descubre algo que le apasiona:

—El jeroglífico dice: «El hombre que no cumple la palabra dada a un amigo muere, víctima del odio de los dioses y del desprecio de los hombres»...

Aquella misma noche comencé a escribir este relato. Sabiendo ya que iba a ser el último...





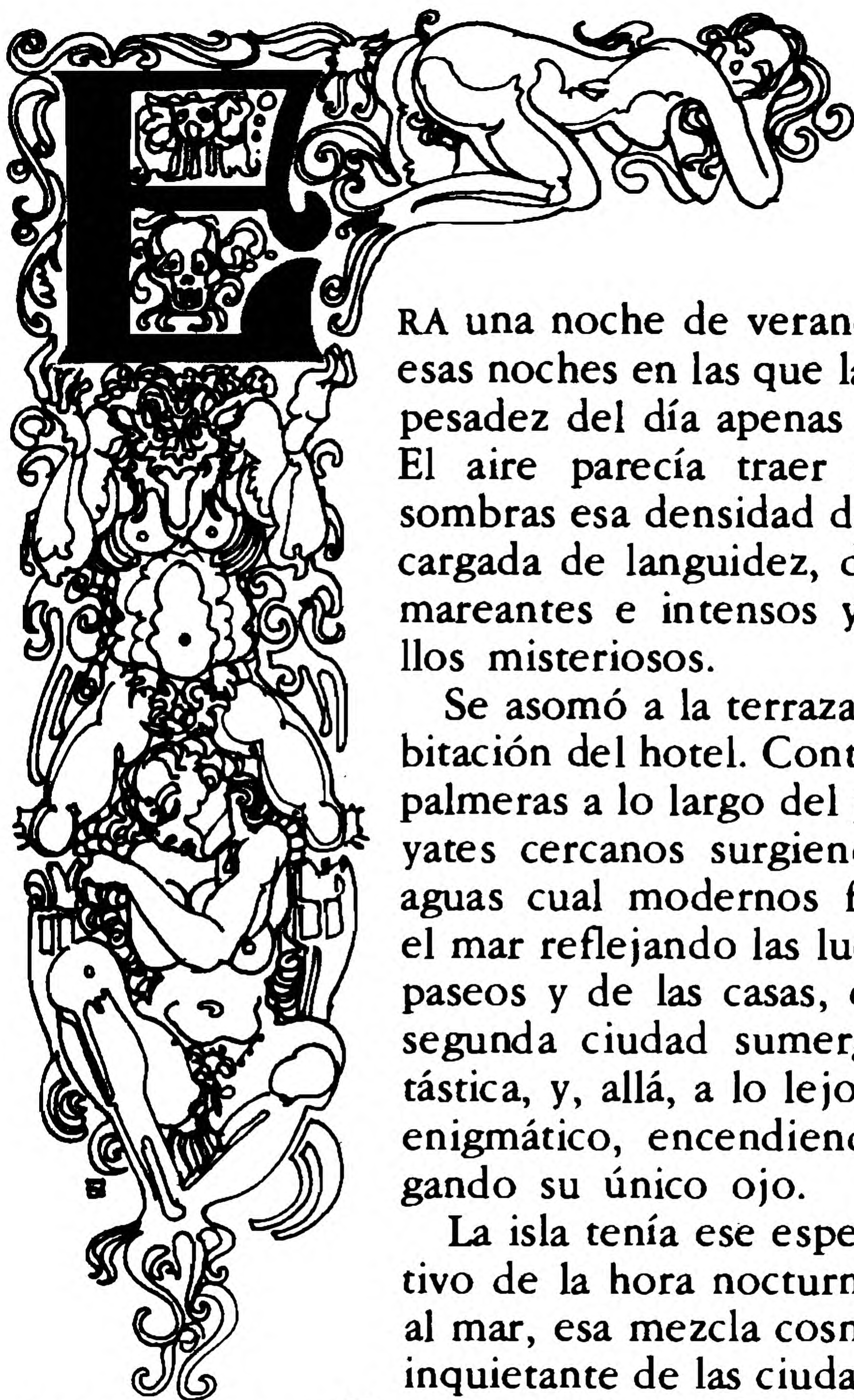
Mujer de ébano



Mujer de ébano

Eugenia Montero

¿Quién era aquella extraña y subyugante mujer? ¿Dónde se encontraba el hondo y penetrante secreto de su hechizo? No lo sabía, pero una malsana curiosidad le empujaba, inevitablemente, a violar la intimidad de la hermosa diosa de color.



RA una noche de verano, una de esas noches en las que la ardiente pesadez del día apenas se disipa. El aire parecía traer entre las sombras esa densidad del trópico cargada de languidez, de aromas mareantes e intensos y murmullos misteriosos.

Se asomó a la terraza de la habitación del hotel. Contempló las palmeras a lo largo del paseo, los yates cercanos surgiendo de las aguas cual modernos fantasmas; el mar reflejando las luces de los paseos y de las casas, como una segunda ciudad sumergida, fantástica, y, allá, a lo lejos, el faro, enigmático, encendiendo y apagando su único ojo.

La isla tenía ese especial atractivo de la hora nocturna cercana al mar, esa mezcla cosmopolita e inquietante de las ciudades en las que se reunen millonarios, artistas y delincuentes, sin que llegue a adivinarse cuál es la vida y la profesión de cada uno.

Fue, tal vez, el ambiente palpitante y abigarrado del lugar el que le impulsó a acudir a ver aquel espectáculo. El no acostumbraba a salir de noche sin un amigo o una mujer, pero ese día un sentimiento nuevo le impulsó a cambiar de costumbres.

* * *

La sala se hallaba rebosante de público. La oscuridad sólo era rota por las diminutas chispas de los cigarrillos encendidos. Al fondo, en el escenario, con el acompañamiento creciente de la orquesta, bajo un cenital que la envolvía en una luz de intencionada irrealidad, vestida con un deslumbrante mono de raso negro, inmóvil, bellísima, estaba Nada Smith, con su elástico cuerpo de efebo, sus ojos rasgados, sus labios frescos y prominentes y su piel oscura, brillante, de apariencia sedosa, de hermoso animal salvaje. Bailaba ligera, felina, en una refinada encarnación de primitivas raíces.

El público, en su mayoría joven, guardaba un silencio que poco tenía que ver con el ambiente de los modernos conciertos. Nada era un artista que subyugaba, que absorbía plenamente la atención. Luego, al término de sus canciones, la gente estalló en aplausos mientras ella saludaba, una y otra vez, insinuante, altiva, acostumbrada al éxito, con su sonrisa que evocaba el eco de cien *tamtanes* y con aquella mirada de pestañas cargadas de rimmel, como pequeños ríos nocturnos entre dos palmeras.

Estaba fascinado. Se acercó al camarero, decidido:

—¿Podría indicarme el camino para saludar a Nada Smith?

No se explicaba por qué había sentido ese incontenible deseo. El era tímido, retraído, pero allí estaba ya, ante la cantante, que le sonreía indiferente, mirándole sin verle, con ese aire mecánico del artista acostumbrado al éxito ante el que van desfilando los admiradores en una infinita galería sin nombres.

Se escuchó a sí mismo diciendo unas palabras de elogio. Unas frases sinceras, sentidas realmente, pero que le parecían dichas por otra persona. Sólo entonces ella le miró con atención, y su mirada fue tan aguda, tan intensa, que quedó extrañamente confundido, sin saber cómo despedirse. Ella le sonrió en ese momento, seductora, mostrando sus dientes fuertes y

grandes de pórtico marfileño en aquel rostro de oscuridades africanas, mientras le alargaba la mano enguantada, dando por concluido el encuentro.

Se alejó despacio, por el paseo marítimo, hasta el hotel. Estaba desvelado y se acercó al bar. Allí, ante una mesa, al lado de una ventana desde la que podía contemplarse el mar, Nada Smith, solitaria y pensativa, fumaba en una larga boquilla.

—¿Puedo invitarla? —le preguntó—. ¿O está esperando a sus amigos?

—¿Amigos? —contestó ella con su voz aterciopelada y un poco ronca. Luego, señalando una silla cercena, sonrió:

—Puede sentarse, si es lo que desea.

Imaginó que había despertado algún interés en ella. De qué otra forma podía explicarse que una mujer así aceptara su invitación y su compañía. Como si hubiera adivinado sus pensamientos, ella puntualizó:

—A veces me gusta hablar con la gente, aislarme de los que me rodean y acercarme a los desconocidos, al mundo que está lejos de mí. Los artistas somos así... No sea vanidoso, no siento ningún tipo de atracción por usted. Y, debo prevenirle, tal vez algún día sienta haberme conocido.

Sintió ese escalofrío que a veces invade súbita y misteriosamente, el corazón en las madrugadas. La contempló con la sensación de que estaba introduciéndose en un extraño universo. Mientras hablaban y ella relataba cosas y hechos de su vida, recordando viajes y acontecimientos pasados, él la observaba, tan alta, tan delgada, vestida también de negro, como en la escena, tapada hasta el cuello, las manos cubiertas por los guantes, todo ella inquietante y misteriosa.

La acompañó hasta la entrada de su cuarto. Cuando la vio desaparecer tras la puerta, quedó suspenso, preguntándose la causa del súbito y profundo interés que aquella mujer había despertado en él. Sabía que no era una atracción física, sino algo mucho más pro-

fundo y complejo que no alcanzaba a descubrir. Volvió despacio a su habitación, en el piso inferior, sintiendo en sus oídos, en un insistente *ritornello,* el sonido de las melodías que ella cantaba, evocando su voz, sus danzas que parecían convertirla en araña, o pájaro, o pantera...

Durmió profundamente y despertó al día siguiente muy tarde. Su primer pensamiento fue para la mujer que se encontraba en una habitación tan próxima, descansando, seguramente, de la noche anterior. Pidió a la telefonista que le pusiera en comunicación con ella, pero su cuarto no contestaba. No consiguió volver a saber de ella en todo el día.

Al llegar la noche de nuevo fue a ver a Nada Smith. Las mismas canciones, idéntico vestuario, la exacta escenografía de la actuación anterior, pero con un algo diferente que palpitaba en ella haciéndola más atrayente aún que la víspera.

Repitió —al finalizar— la visita del día anterior, y ella, esta vez, le recibió acogedora.

—¿Quiere que tomemos una copa juntos, igual que ayer? —le preguntó con expresión cálida.

* * *

Durante varias noches siguieron viéndose de la misma manera. Sus encuentros se convirtieron casi en un ceremonial. El iba todos los días a verla actuar y después tornaban a encontrarse en el bar del hotel en donde estaban hablando hasta que ella se levantaba y decidía que era el momento de separarse. Jamás se veían durante el día, Cuando trataba de encontrarla, a cualquier hora que fuera anterior a sus actuaciones, siempre se encontraba ausente.

Aquello empezó a intrigarle. ¿Cómo era posible que una mujer que trabajaba de noche y se acostaba tarde, pudiera descansar tan poco? ¿Y, dónde pasaba aquellas largas horas en las que nunca lograba encontrarla? Le avergonzaba su indiscreta curiosidad, pero se sentía incapaz de superarla.

Una noche, después de acompañarla, como había empezado a ser costumbre desde el día en que la conoció, al llegar a su habitación, se le ocurrió llamarla. El teléfono no contestó tampoco aquella vez. Pensó entonces lo que parecía más lógico: Nada Smith debía tener un amor con el que pasaba todas sus horas. Una mujer joven, bella y famosa debía de tener un hombre cerca. Sin embargo, resultaba extraño que ese hombre desapareciera después de las representaciones. Tal vez se trataba que un amor que ella guardaba en secreto. Todo parecía natural sin embargo, aunque su curiosidad crecía por momentos.

Al día siguiente insistió en su llamada telefónica. El resultado fue el habitual. La habitación no respondía. No supo —desde que conociera a Nada Smith hacía cosas que no tenían explicación— por qué fue hasta la suite que ocupaba y llamó a la puerta. Una camarera se acercaba en aquel momento por el pasillo.

—¡Por favor! —pidió—. Me he dejado la llave abajo. ¿Sería usted tan amable de abrir la habitación?

La mujer introdujo la llave maestra en la cerradura. Dejó la puerta entornada y se alejó.

Entró rápido y sigiloso. La cama estaba abierta, pero hubiera asegurado que nadie había dormido aquella noche en ella. Todo en la estancia era impersonal, sólo unas rosas que había sobre una mesa del pequeño salón de entrada permitían suponer que la suite estaba ocupada. Abrió el armario: algunos trajes, varios zapatos perfectamente ordenados y un suave olor a plantas aromáticas, un aroma que le recordaba vagamente algo que no lograba concretar. En el baño había perfumes, un jabón... Todo perfectamente normal, pero tenía la impresión, sin que acertara a descubrir la causa, de que aquello era una puesta en escena. Se sonrió... nada más lógico: ella era una mujer de escenario.

Salió de la habitación como un delincuente que acabara de cometer una fechoría. Sentía vergüenza de sí mismo. ¿Con qué derecho había entrado en una habitación que no le pertenecía? ¿Quién era él para

tratar de penetrar en la vida de otra persona? No comprendía lo que le estaba ocurriendo, ¿qué curiosidad malsana le había empujado a violar la intimidad de una mujer apenas conocida?

Aquella noche volvió a repetirse lo que se había convertido en algo ya habitual entre ellos. Acudió a ver la actuación, igual que los días anteriores, y luego se encontraron en el bar.

—¿Qué haces durante el día? —le preguntó mientras tomaban un whisky.

—... Dormir, vivir...

—Te he llamado varias veces, y nunca te he encontrado...

—Si querías verme, podíamos haber quedado previamente —le respondió con toda naturalidad.

* * *

Cuando se separaron volvió a sentir aquella curiosidad acuciante y malsana. Quería, necesitaba saber cómo empleaba su tiempo Nada Smith. Había en ella algo misterioso, un halo inquietante que palpitaba en sus ojos, en su misma figura. Siempre que intentó acercarse a su vida diurna, a todo lo que no fuera el encuentro después de la actuación, halló una especie de muro infranqueable. Podía muy bien ser un afán de Nada por preservar su intimidad, mas algo en su interior se encendía, una luz de alerta que parecía indicarle que Nada Smith ocultaba algún enigma.

Era incapaz de resistir a la tentación de averiguar, antes de que ella continuara con su gira, qué escondían en realidad sus ausencias. Esa noche, en lugar de dirigirse hacia su habitación, se ocultó en uno de los recodos del pasillo y esperó. La puerta de la habitación volvió a abrirse instantes después y Nada salió, tranquila, pausada; se dirigió al ascensor, pulsó el botón y entró en él. Dudó unos instantes, y optó por bajar al hall. Era la única forma de saber si ella salía del hotel.

La cantante dejó el ascensor y se encaminó a la sa-

lida, entre las miradas admirativas o asombradas de los últimos noctámbulos. La siguió temblando, con la conciencia exacta de que estaba mal lo que hacía, y, a pesar de ello, incapaz de abandonar aquel espionaje.

Ella iba paseando lentamente entre las buganvillas y los tamarindos, bajo las palmeras violetas de la madrugada, en dirección a la playa solitaria, a la arena azulada, con cierto aire de nube suspendida junto al mar, como una Venus negra que volviera a su cuna, a las raíces marinas de las que había nacido. Al llegar a la orilla fue desprendiéndose del vestido, muy lentamente, de forma casi ritual, y quedó desnuda, tan solitaria y hermosa, que parecía la única, la primitiva mujer del universo emergiendo de las aguas cual una diosa negra —Africa y la selva— encarnada en un ser humano.

Era la visión más hermosa que jamás había contemplado y, de pronto, aquel cuerpo tan bello fue cambiando, se transformó y acabó convirtiéndose en un hombre, en un adolescente de piel de cobre al que la luna iluminaba igual que el cenital del diario espectáculo de Nada Smith. La figura varonil envejeció rápidamente hasta llegar a convertirse en un anciano decrépito, encorvado, horrible, que cayó fulminado por la muerte.

Corrió hacia el cuerpo caído e inerme, y, mientras se acercaba en una loca carrera, tropezando con las piedras, hundiéndosele los pies en la arena, vio cómo el cuerpo se descomponía surgiendo de él los gusanos. El horror paralizó sus piernas. La náusea le retorcía el estómago. Se desplomó sobre la arena, incapaz de dar un paso más.

Cuando pudo llegar al sitio exacto de la alucinante transformación, ya no quedaba más que un poco de polvo superficial sobre la arena que el viento esparció como si fuera humo. Tenía los ojos secos; quería gritar, pero los sonidos se le ahogaban en la garganta. Se encontraba aterrado. No era un demente, había sido víctima de una espantosa visión, pero estaba vivo, despierto... ¿Quién era Nada Smith? Había logrado

descubrir su secreto, pero el misterio seguía ahí, indescifrable para él.

* * *

Regresó al hotel con la sensación de que se estaba volviendo loco. Las piernas le temblaban, le martilleaban las sienes y se sentía febril. Había pasado mucho tiempo. Ya estaba amaneciendo. Entró en su cuarto y se metió en la cama con una terrible aprensión; tenía una profunda somnolencia y temía no despertar de su sueño. Tal vez había sido víctima de un delirio premonitorio de su muerte. Terminó, a pesar de todo, durmiéndose.

Despertó muy tarde, todavía bajo la impresión de la experiencia vivida la noche anterior. Cuando bajó al hall se acercó a la recepción.

—¿Sabe usted si la señorita Smith ha salido? —preguntó, deseando que ella estuviera aquella vez en su cuarto, y que nada de lo que recordaba fuera verdad.

Ella, como siempre, no estaba en la habitación. Por la noche, aún a su pesar, impulsado por una morbosa sensación más fuerte que él, acudió a ver el espectáculo, era el último día de actuación en la isla. Conocía, casi de memoria, cada canción, cada efecto, más cuando Nada apareció como cada noche, bella, inquietante, ambigua, comprendió verdaderamente lo que ella significaba y cayó desvanecido gritando:

—Estáis locos, no lo entendéis, es la vida misma y el fin... ¡Nada, nada, nada!...

Pero nadie le oyó, todos estaban subyugados por la voz, evocadora del sonido de cien *tamtanes*, que surgía de la garganta de la fascinadora mujer de ébano...



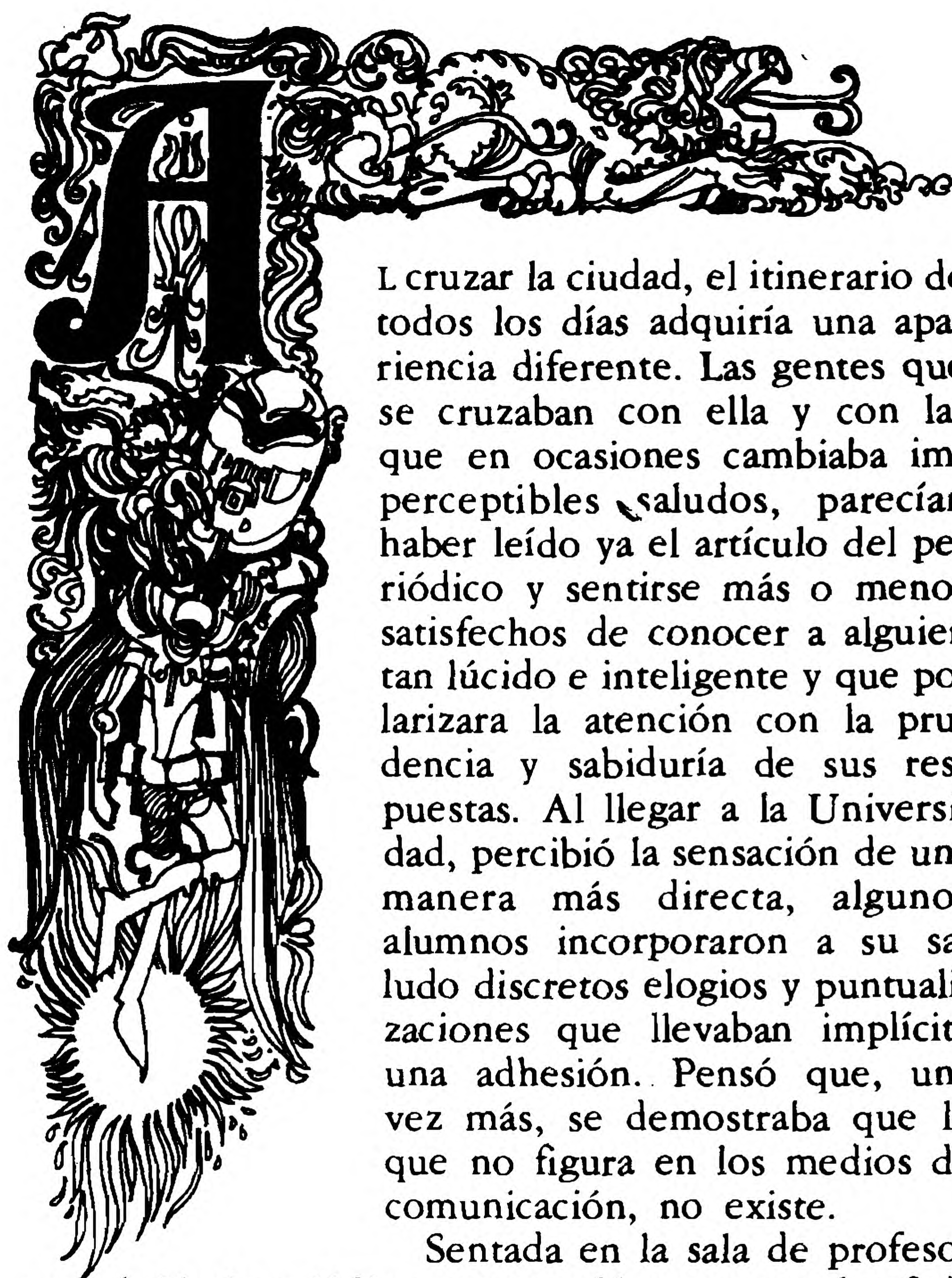

El dolor
imposible


B.

El dolor imposible

Raúl Chávarri Porpetta

Un grito —venido desde el otro tiempo— *posó en su conciencia un eco de pavor y sufrimiento, de tormento y crueldad, que la hizo comprender que el dolor del espíritu es mucho más desgarrador que el de la carne.*



AL cruzar la ciudad, el itinerario de todos los días adquiría una apariencia diferente. Las gentes que se cruzaban con ella y con las que en ocasiones cambiaba imperceptibles saludos, parecían haber leído ya el artículo del periódico y sentirse más o menos satisfechos de conocer a alguien tan lúcido e inteligente y que polarizara la atención con la prudencia y sabiduría de sus respuestas. Al llegar a la Universidad, percibió la sensación de una manera más directa, algunos alumnos incorporaron a su saludo discretos elogios y puntualizaciones que llevaban implícita una adhesión. Pensó que, una vez más, se demostraba que lo que no figura en los medios de comunicación, no existe.

Sentada en la sala de profesores, abrió el periódico, contempló su retrato, la efigie de una mujer inteligente de treinta y siete años, discretamente peinada, con unas gafas de moderno y elegante diseño, que parecía mirar al lector para transmitirle la plenitud de sus convicciones. Casi sin leer, visualizó las ideas centrales de la entrevista y las frases que el periodista había destacado: *El sufrimiento es injusto y no debe existir. El sufrimiento, si no*

inútil, es inadmisible e intolerable. Una intesificación de la actividad en los pasillos, la anunció que tenía que acercarse a su aula. Todavía con el periódico doblado en la mano, se encaminó hacia ella.

Al entrar, los alumnos la obsequiaron con una larga y cálida ovación; sintió que se ruborizaba, porque el intelectual no está tan acostumbrado al aplauso como el cantante o el deportista. Subió a la tarima, se colocó detrás de su mesa y antes de iniciar la lección, agradeció con breves palabras y reafirmó, casi telegráficamente, las ideas que en la entrevista había expresado. Mientras lo hacía, sintió una extraña sensación que la forzó a concentrarse en lo que estaba diciendo; era como si sus muñecas y sus tobillos se encontraran sujetos por fuertes argollas, que incluso en un momento amenazaran con romper los frágiles huesos. Al mismo tiempo, la visión de los rostros atentos y cordiales de los alumnos se borró totalmente y ante su mirada apareció una enorme pared lóbrega, de grandes piedras unidas casi sin argamasa, semicubiertas por la humedad, el verdín y la suciedad de diverso origen, formando el más desesperanzador espectáculo que pueda imaginarse. Continuó hablando, intentando por todos los medios un retorno a la realidad; comenzó su clase evocando las palabras tiernas de un poeta andaluz enamorado de la primavera total, casi franciscano en su descubrimiento del animal amigo. Pero otra vez volvió a presentársele la visión del paredón, todavía con más evidencia que antes. Poco a poco, tomó clara conciencia de lo que estaba viendo; era una celda tremenda, una ergástula sin redención ni esperanza, situada en cualquier lugar del planeta y en una desconocida circunstancia del tiempo; cuando se acentuó el dolor de sus muñecas y de sus tobillos, otro padecimiento se interpuso, algo la estaba atenazando un costado a la altura de la cintura y la cadera, retorciéndola con tanta energía que estuvo a punto de quejarse.

Regreso a su exposición y a su razonamiento poniendo a contribución su voluntad toda. Lo que es-

taba sucediendo era tan absurdo. Aquellos extraños y anacrónicos dolores de poseída, la interposición de la imagen abominable sobre la presencia real de los discípulos, era algo que no tenía razón de ser, no podía ocurrir de ninguna manera y era preciso superarlo con la palabra, con la aceptación estoica de la tarea emprendida por encima del malestar y de la angustia. Pero la visión surgió plenamente, esta vez con aterradora diafanidad y comprendió el papel protagónico que desempeñaba en esta otra dimensión en el ignorado territorio de lo inexistente, en el que se estaba sumergiendo, sin saber por dónde ni cómo había accedido a él. Era una tremenda sala de tortura, de siniestra y robusta arquitectura; colgada de las muñecas por cadenas que pendían del techo, había dos mujeres desnudas, evidenciando en sus cuerpos los más diversos estigmas del martirio, y ella se encontraba en análoga posición, igualmente distendida por las cadenas, con la espalda pegada al muro que la enfriaba a través de su mortífera podredumbre. En el suelo un montón de ropas evidenciaban la condición de ella y de sus compañeras, eran hábitos y tocas de monja rozados, sucios, como si hubieran sido víctimas de un largo cautiverio y de una forma que recordaba su antigüedad, probablemente de los siglos XVI ó XVII. En la sala había otras dos personas, tres inquisidores tras una mesa observaban y anotaban lo que se hacía y decía, cuatro verdugos se afanaban obedeciendo sus órdenes y dos monjas se colocaban al lado de la torturada para contribuir eficazmente a su daño, recoger su declaración e hipócritamente salvaguardar el pudor con la intersección de un sucio lienzo entre las miradas y los sexos desnudos.

Para las otras condenadas, el suplicio había terminado ya. El golpe seco de una tenaza arrancó el vértice de un seno, la eficaz labor de una herramienta análoga la despojo de sus dientes y los golpes de una cadena causaron la rotura de sus costillas. Un destino muy semejante había seguido la otra mujer. El rostro que debió ser hermoso, quedó destrozado por los

golpes, a sus pies los cabellos arrancados con tal fuerza que desgarraron el cuero cabelludo, proclamaban el dolor que debió experimentar, un extraño instrumento de madera había roto las piernas y el abandono de los verdugos y de la atención de los inquisidores demostraba que nada se esperaba ya de ellas.

A través de un esfuerzo sobrehumano, intentó salir de la escena y volver a la clase, a los alumnos, al tema; pensó precipitadamente en las personas que como ella amaban la enseñanza y que de una forma u otra fueron víctimas de la Inquisición, de Fray Luis de León a Cayetano Ripoll; dentro de su racionalismo de mujer nacida en las cercanías del tercer milenio, estuvo a punto de ensayar un exorcismo que la librara de la visión abyecta, pero sólo consiguió que fugazmente volvieran los alumnos a sus ojos y la lección a su garganta, inmediatamente después regresaba a la sombra, al calabozo inconmensurable, al conjunto de personas que preguntaban en latín sobre hechos y conductas de los que no tenía conciencia ni memoria. Un garfio de hierro había apresado su costado y giraba lentamente definiendo ya la túrdiga de carne ensangrentada que iba a separar de su cuerpo. Al mismo tiempo, un artilugio movía las cadenas separando sus brazos entre sí, alzando sus pies del suelo y orientándolos en posiciones distintas como si existiera un propósito de desmembrarla. Lo más repugnante, lo más tremendo de la humillante sensación, fue el gesto de la monja que se hallaba a su lado introduciéndola en el sexo el lienzo falsamente pudoroso. Entonces, gritó con todas sus fuerzas, profirió un tremendo alarido que no era humano, ni mucho menos personal, en el que rota toda su individualidad, su sosiego y su mesura, su capacidad intelectual y su confianza en el mundo progresista que la rodeaba, rugió de una sola voz el dolor de todos, de los torturados y de los inmolados, de los sacrificados y los mutilados, de los que habían entrado en la noche nunca amanecida del tormento y sobre cuyos cuer-

pos, mentes y espíritus se había posado la garra tremenda de la crueldad humana.

En la situación de absoluto terror que la rodeaba, comprendió claramente en dónde se encontraba la raíz de su espanto. No se trataba del dolor que iba progresando por sus miembros, de la náusea inevitable que la poseía, no era tampoco la evidencia de que se había cambiado los planos y lo que no existía era el mundo confortable que aprendía a respetar la existencia de los demás, la clase, los alumnos y la práctica de la libertad; todo ello eran fantasmas, tremendas inexistencias, no era una profesora que soñaba ser una monja martirizada por la Inquisición, sino una triste inquirida, una candidata al patíbulo, al crujido que rompía la nuca o al fuego que lamía la carne viva. Lo real, lo verdadero, era todo lo horrible que la estaba sucediendo. Y, entonces, en un momento cualquiera, ante la inminencia del tormento, en la soledad de la celda o al sentirse desnudada por los verdugos, ella había soñado en un mundo mejor, en un universo distinto y astronómicamente lejano en el que las gentes no descendían a los subterráneos para ser torturadas, en donde no podían ser en cualquier momento evocado el demonio como pretexto para desgarrar los cuerpos, para asumir a las mentes en un océano de terror.

Con increíble claridad, contempló el rostro lívido, de amarillenta palidez de un inquisidor, que acercaba a su boca una nariz siniestra, como el pico de un ave de rapiña, mientras conminaba su declaración sobre hechos y aconteceres de los que nada sabía. Aún en su mísera y torturada condición, la espantó aún más observar que entendía el latín con toda claridad, como si fuera su propia lengua materna y que las expresiones latinas con las que el inquisidor realizaba indicaciones para sus compañeros, le eran igualmente familiares. Ese mundo de infinito dolor, de castigo sin culpa, de horrible laceración de la carne y el espíritu, era el suyo, el de todos y cada uno de sus días, en donde se había inscrito su existencia y desarro-

llado sus años, y el sueño lo constituía la otra dimensión, el lugar equívoco y lejano, absolutamente inalcanzable, donde las gentes podían pensar y hablar en libertad, reflexionar sobre el pasado y aventurar hipótesis en torno al futuro, un mundo que no llegaría nunca o que al menos para ella no la alcanzaría jamás.

Incapaz de resistir la fija mirada de su juez, que casi la forzaba a compartir su aliento, dejó caer la cabeza. Obedeciendo una orden no escuchada, uno de sus verdugos tiró de sus cabellos con enorme fuerza y entonces advirtió una nueva sorpresa; su cabeza estaba prácticamente rapada, como la de una de sus dos compañeras de suplicio, mientras que la tercera escalpelada por un tirón brutal, debería haber tenido un pelo algo más largo, suficiente para que el castigo que acababa de experimentar ella la fuera fatídico. Intentó cerrar los ojos; el verdugo tiró profundamente de sus párpados hacia arriba, mientras que a corta distancia de su rostro el inquisidor continuaba preguntando en una amenazante letanía; unas veces, casi afectuoso, comprensible, intentando dar la torpe imagen de alguien que conocía la inexperiencia y la flaqueza de los demás y sabía perfectamente que éstas podían haberla conducido hasta los linderos del pecado, a las fronteras de lo Maligno. Pero, cuando el nombre del diablo o de cualquiera de sus dedicaciones aparecía en la boca del hombre pálido, parecía como si un terrible fuego hiciera presa de sus entrañas de hielo, se estremecía, retazos de saliva surgían de su boca mezclados con las palabras e iban a estrellarse contra las facciones de la mujer, en la lluvia más repugnante que pueda imaginarse.

Con un esfuerzo sobrehumano, intentó regresar a aquella región diáfana y transparente que había considerado su mundo, su tiempo y su vida; pensó que todo era un sueño, que procedía de cualquier operación alucinante causada sobre ella por una droga o por una voluntad superior. Se esforzó en emprender el viaje de regreso sin saber exactamente dónde encontrar el camino, movió los brazos dentro de las ar-

gollas, intentando inútilmente percibir una posibilidad de liberación, sintió que al mismo tiempo el artilugio que tiraba de sus tobillos y sus muñecas la iba separando cada vez más, disponiendo como las aspas de un molino o los brazos de una cruz de San Andrés. Al elevarse un poco más, sus pechos quedaron a la altura de los ojos del inquisidor y la monja nauseabundamente solícita colocó sus dos manos sobre los senos, como la más inmunda tapadera que pudiera proporcionarse a un pudor que ya a nadie importaba. Sintió claramente las manos, planas, lisas, gastadas contra las tapas del devocionario y los respaldos de los reclinatorios, desprovistas de todo contacto humano, de toda posible dulzura, incapaces de acariciar ni de transmitir el menor sentimiento de ternura.

Una a una, las cuatro sensaciones, las cadenas que tiraban de sus piernas y sus brazos, las manos recias del verdugo sujetando su cabeza, las palabras del inquisidor, que eran como latigazos en sus oídos, y las manos de la monja cada vez más pegadas a sus pechos, recibiendo el sudor de su angustiosa agonía, sin enjugarlo ni aliviarlo, la fueron llevando a una desesperación tan terrible como jamás había experimentado. Pensó que iba a enloquecer, que de cualquier forma su mente y su espíritu escaparían del doble encarcelamiento de la mazmorra y de la carne, dejando sólo un cuerpo roto y vegetal en manos de sus torturadores; la idea incluso representó para ella una esperanza. En el desplazamiento vertiginoso de los pensamientos, creyó ver la clave de lo que ocurría; ella estaba allí sufriendo hasta los límites de lo inconcebible porque una mujer, en otra época y lugar, había sido víctima de esta pena y de este infernal tratamiento e incapaz para conjurar la acusación, había conseguido evadirse, dejar un cuerpo sin conciencia ni referencia a cuya cita habían acudido sus potencias espirituales y mentales.

Se produjo una extraña alteración en la mazmorra. Por una puerta accedieron al recinto dos verdugos llevando a una mujer vestida con un largo traje y

adornada con la sobriedad de unas joyas. Su sola visión en aquel interior, hacía comprender que acababa de ser raptada a la luz y al viento, al país distante y lejano de las gentes que vivían muy cerca y, sin embargo, tremendamente lejos del horrible lugar. La mujer, con el rostro descompuesto y la mirada casi extraviada en un rictus de terror, era muy joven, prácticamente una niña; llevaba el cabello rubio, peinado en una gran trenza en torno de su rostro, como si éste fuera un medallón enmarcado en oro. La joven, a la que nadie había tocado ni violentado en forma alguna, miró a la mísera cautiva con una expresión de profunda lástima, de intensa conmiseración. Hizo un movimiento para secar su rostro con un pañuelo que extrajo de la manga, pero un gesto del inquisidor la detuvo. La encadenada entendió rápidamente lo que estaba ocurriendo. Se trataba de obtener de la recién venida una declaración que condenara definitivamente a la mujer entregada al tormento o, por el contrario, producir en la torturada una afirmación condenatoria de la muchacha rubia, posiblemente un cambio en la condición; la martirizada regresaría a una celda carcelaria o conventual, en donde podría hacer el recuento de sus dolores y ganar la sensación de haber salvado la vida y la joven dama sería desnudada, atormentada y sometida al mismo tratamiento.

La sensación de que sólo causando la perdición de la otra podía salvarse, llenó de horror a la injusticiada. Percibió con claridad que de todas las pruebas y dolores que en aquellos instantes había sufrido, ésta era, con mucho, la más cruel y abominable, aquella que la obligaba a salvarse condenando, a convertirse en cómplice de aquellos tremendos contertulios de la muerte que la rodeaban. En ese momento de sus reflexiones, sintió que la carne de su costado había cedido a la presión del garfio, que con sabia lentitud manejaba otro verdugo invisible para ella. Sintió el calor de la sangre resbalando a lo largo de su muslo desnudo, hasta que la posición de la pierna

dejó caer en el vacío las gotas cuyo sonido escuchó perfectamente.

En torno a la mujer que acababa de llegar y que había ocultado su rostro entre las manos al contemplar la túrdiga sangrante que el verdugo levantaba en la punta del garfio, se fueron concentrando dos monjas salidas, nadie sabe de dónde, los inquisidores y los torturadores; de entre ellos, el hombre pálido que se estremecía al nombrar al diablo, adoptaba un gesto cesáreo, triunfal, sabía que estaba ganando una batalla sobre el temor y el dolor de sus enemigos, en torno al menguado ejército que el Maligno había dejado caer en sus manos. La táctica cambió por unos momentos; se trataba de aprovechar la flaqueza de la dama rubia para obtener de ella una declaración, que más tarde fuera reforzada a través de las confidencias y mentiras que el tormento haría florecer en su boca. La encadenada ya no interesaba; sintió que la aflojaban los artilugios que sujetaban sus manos y sus pies dejándola caer en el suelo de rodillas con un golpe rudo que añadió un nuevo sufrimiento. Desde el suelo, sucio de sangre y orines, en donde sus piernas resbalaban en un barrizal de repugnancias, la encadenada, todavía sujeta a sus argollas, contempló el desarrollo de la escena. Alguien había retirado uno de los cadáveres que colgaban de las paredes, lentamente, la mujer rubia iba retrocediendo hacia aquel lugar, bajo la violencia de las acusaciones e improperios que la dirigía el pálido inquisidor; todavía no la tocaba nadie, pero el semicírculo de las personas a su alrededor era mucho más amenazador que las argollas de hierro y los instrumentos de tortura.

Incapaz de apartar la vista, la encadenada contempló empavorecida la escena. La muchacha había llegado hasta la pared, su espalda se apoyó muy cerca de una mancha de sangre dejada por su antecesora; con un gesto brusco dos verdugos la sujetaron por las muñecas, la separaron y con la destreza de un cirujano una de las dos monjas destrozó sus ropas en unos instantes, dejando ver un cuerpo juvenil, blanco

y fino, apenas púber, con una tenue delicadeza que contrastaba con la áspera rudeza del escenario; las argollas se cerraron en torno a las muñecas, los tobillos fueron introducidos en unas extrañas prensas de madera aseguradas al suelo por férreos zunchos. Hubo una momentánea visión del sexo juvenil de la mujer casi dislocado, que una monja interrumpió superponiendo un sucio paño, en donde ennegrecían las manchas de sangre de otra torturada.

Entonces la mujer encadenada, la extraña viajera llegada a la mazmorra desde otro tiempo, gritó de nuevo, poniendo en su inextinguible alarido un eco de pavor, de sufrimiento, que testimoniaba un dolor del espíritu mucho más tremendo que el de la carne. Comprendió que el mal y el terror y el pavor y la tortura sólo son inhumanos y totalmente insoportables cuando se vuelcan sobre los otros; había entendido que cualquier tormento y crueldad, por lejana que sea, se hace nuestra. Todas sus lágrimas, las que había escamoteado a su padecimiento, se volcaron desde sus ojos a borbotones y todos sus clamores de dolor se concentraron en uno solo, en el que se dolía entera y desvalida la especie humana.

El grito disipó la visión, desaparecieron las piedras ennegrecidas y rezumantes, los torturadores y los que los mandaban, la monja oficiosa y su lienzo nauseabundo. Volvió a encontrarse en la clase, profesora y alumnos sorprendidos por el grito inusitado. Vio la vacilación y la incertidumbre, casi la aflicción en los rostros que la miraban. Entendió claramente la extraña lección que la había llegado de muy lejos, a través del espacio y del tiempo, la corroboración y quizá la negación de cuanto había pensado, dicho y escrito, el sufrimiento no debía de existir, pero había existido, existía y existirá. Mientras que ella daba su clase en el aula de la universidad, prodigiosamente a más de trescientos años de distancia, en una fortaleza italiana, alguien estaba produciendo el daño con la macabra eficacia que sólo el hombre puede desplegar, entre cuatro paredes, un infierno de horror y de do-

lor, de muerte y sufrimiento, se había desencadenado sistemática y progresivamente. Lloró largo tiempo; cuando levantó la cabeza, la gran mayoría de los alumnos lloraban con ella.

El Viyi





El Viyi

Versión libre de Eusebio Zabaleta sobre un relato de N. Vasilievich Gogol

Las cabalísticas palabras de la muerta levantaron una especie de ululante viento por todo el recinto de la iglesia como si fuera el rumor del vuelo de un emjambre de pájaros...



HOMA Brut, estudiante de Filosofía en el Seminario de Kiev, sentía un dulce placer íntimo cuando recitaba las Obras de Misericordia... Enseñar al que no sabe... dar buen consejo al que lo ha de menester... corregir al que yerra... ¡vestir al desnudo!

Choma, se ocultaba de la inquisidora mirada de su conciencia circunstancial de seminarista por inercia y recitaba así:

«¡Vestir al desnudo!»...

«No, no»... «mejor, ¡vestir a la desnuda!»

«¿A quién, filósofo Choma?... ¿a cuál?»

«Y, ¿yo que sé?... ¿qué más me da?»

«¿Alguna de tu pueblo?»... «¿O de ahí, de Kiev?»

(El diálogo era entre su conciencia temerosa y su juventud construida de atropelladas primaveras).

«¿Qué más me da?»... «a cualquiera»...

«¿Aunque sea vieja, Choma?»

«Con los ojos cerrados sólo hay mujeres, para el que sepa «mirar» con el gusto»... «a cualquiera».

Choma Brut solía omitir este detalle cuando, humillado el torso, declaraba sus pecados en el gótico confesionario, al director espiritual del eclesiástico centro.

Una mujer desnuda... «mejor además que sea hermosa, ¿verdad, Choma?»

«¡Oh!»

Una mujer desnuda que todavía Choma no veía porque cerrados los ojos con fuerza, temblaba como un poseído de los pies a la cabeza. Una mujer que le estaba condenando a muerte desde su alma de bruja, a través de la espuma que confundía su boca, y embadurnaba sus palabras.

¿Palabras?... ¿Podrían merecer tal nombre aquellos sonidos como hervir de carnes blandas?

Y en el aire espeso revolotear de trasgos, de murciélagos parlantes, de gaviotas y golondrinas enloquecidas.

Si, Choma Brut iba a morir; pero antes sería sometido al tormento afiladamente cruel, de recordar, cómo, cuándo y por dónde había llegado hasta allí para morir devorado, sorbido, por los monstruos que rodeaban a la mujer desnuda, directora de aquella orquesta de horrores, de gritos demoníacos que pedían sangre, como caminante perdido en un desierto de oasis abundantes, puros espejismos de salitre infernal que aumentaban implacablemente la sed más y más.

* * *

Tres cantos de gallo al amanecer.

En el tiempo comprendido en este espacio justo, ocurrió todo.

«Si, claro; pero antes había sucedido lo de la alquería, ¿lo recuerdas o no, filósofo Choma?»

«No lo he olvidado, hermanos —es la respuesta de Choma—. ¿Quién sabría borrar de mi memoria aquello? Ni yo, ahora muerto, ni nadie. Escuchadme. ¡Dios sabrá agradeceros por mí vuestra atención misericordiosa!

Eramos tres: el teólogo Chaljava, el retórico Garobec y yo Choma Brut el filósofo.

Días de Semana Santa. Vacaciones. Todos hacíamos lo mismo. Buscar alojamiento próximo a Kiev

antes de viajar a nuestras casas: alojamiento, aguardiente, vodka y comida, cuatro cosas muy difíciles de lograr.

Llamamos ya de noche en una alquería alejada del camino.

Chirriaron los goznes de una de las puertas y nos encontramos frente a una anciana que se cubría con una tosca piel de cordero.

—¿Quiénes sois? —preguntó, tosiendo sordamente.

—Permítenos pasar la noche en tu casa, madrecita. Nos hemos equivocado de camino.

—¿Qué clase de gente sois? —indagó.

—Gente de bien: el teólogo Chalvaja, el filósofo Brut y el retórico Garobec.

—Imposible, refunfuñó la vieja. Somos ya demasiada gente y todos los rincones están ocupados. ¡No hay sitio para vosotros! ¿Dónde iba a meteros? Marchad, marchad.

—¡Apiádate de nosotros, madrecita! ¿Cómo es posible que arrojes de esta forma cruel a unas almas cristianas que nada te han hecho? Alójanos por piedad donde quieras. Si hacemos luego algo que no te guste, que te contraríe, que nos corten las manos y que Dios nos castigue.

Con semejante promesa la anciana pareció ahora ablandarse un poco.

—Bien —dijo como hablando consigo misma— os dejaré pasar, pero os pondré a cada uno en un sitio distinto. No me sentiría tranquila si durmieseis juntos.

—Como quieras —dijimos.

Por mi cuenta me acerqué a ella y le susurré al oído.

—Dime, madrecita... yo... cómo podría explicarte... ¿no tendrías algo para darme de comer? ¡No lo he hecho desde esta mañana!

—¡Sólo faltaría eso! —exclamó la vieja—. No, no tengo nada que darte de comer; hoy ni siquiera he encendido el fuego.

A mí me tocó en el corral. Una vez a solas, observé las paredes de entrecruzados mimbres y después de dar una patada en el morro del cerdo curioso que se había despertado y hozaba para mí, intenté dormir. Inesperadamente la puerta se abrió y la vieja penetró en el corral.

—¿Qué ocurre, madrecita, qué quieres de mí?

La vieja sin contestar se acercaba con los brazos extendidos.

—Ya comprendo lo que deseas —le dije—. Pero no amada mía, eres ya muy vieja.

Se echó a un lado y siguió avanzando con los brazos extendidos. Volví a decirle.

—¡Escúchame un instante, madrecita! Estamos en Cuaresma y ni por mil ducados haría algo semejante.

Ella seguía, extendidos los brazos, intentando cogerme por algún lado. Sentí miedo, sobre todo, al descubrir que los ojos le brillaban con una luz que no era natural.

—¡Madrecita! ¿Qué haces? ¡Apártate, por amor de Dios!

No sé cómo, comencé a cabalgar con ella sobre mis espaldas y una escoba como látigo que me obligaba a correr y correr. Mis piernas fueron más veloces que las de un corcel circasiano. Mientras galopaba sentía en mi corazón a un mismo tiempo algo penoso y dulce. Agotado, perdido, procuré recordar las oraciones que aprendiera de mi madre. Repasé mentalmente todos los exorcismos contra los espíritus y pronto me sentí reconfortado al observar que el galope disminuía. Parecía que la bruja se sujetaba con menos fuerza, con menos seguridad a mi cuello. «¡Gracias a Dios!» —exclamé—. Y en voz alta continué repitiendo los exorcismos. Finalmente, rápido como un rayo me libré de ella e invertí los términos de forma que fui yo el jinete y ella la cabalgadura. La carrera se hizo así increiblemente veloz. El paisaje parecía de un solo color, uniforme. Con una vara golpeé a la vieja con todas mis fuerzas. Al principio ella gritó salvajemente amenazándome. Luego su voz

fue debilitándose y por fin se hizo casi imperceptible.

—¡Oh, no puedo más! —exclamó cayendo casi desvanecida.

Amanecía. A lo lejos brillaban las cúpulas de las iglesias de Kiev. A mis pies una mujer hermosísima, con espléndida cabellera y pestañas alargadas como dardos. Agotada rendía sus brazos desnudos y suspiraba con los ojos llenos de lágrimas.

Empecé a temblar y sentí una profunda compasión y una extraña inquietud y turbación.

No quise mirar más y corrí, corrí todo lo que pude. El reflejo de la luz del amanecer en las cúpulas de las iglesias de Kiev era mi único faro.

Ya en la ciudad busqué en el mercado como un mendigo hambriento. Recuerdo esto muy bien. Había una viuda vestida de rojo que vendía cintas, ruedas y perdigones de caza. Ella me incitó con su mirada y yo a partir de aquel momento acepté cuanto me dio. Comí, dormí, descansé hasta que al día siguiente desperté impelido por la más horrible de las noticias. Alguien a quien yo no conocía me requería, me llamaba por mi nombre y por mi apellido, para dirigir las exequias y los rezos en los oficios por el fallecimiento de la hija de un rico terrateniente que había aparecido casi muerta cerca de su casa con el cuerpo lleno de golpes y moraduras. El propio Rector del Seminario me dijo que no podía rehusar y que fuera diligente.

Una calesa servida por seis cosacos aguardaba inexorable al pie de mi casa. El terrateniente tenía prisa.

A partir de este momento todo sería como el cumplimiento de una sentencia tremenda. Unos minutos de descanso en una hostería del camino. Pensé en la fuga.

—No lo intentes, sería inútil —me dijo un cosaco de bigotes grises.

Tenía razón: no hubiera podido moverme, pues, apenas intenté levantarme, los pies me parecieron de plomo y en la habitación vi tantas puertas que difícilmente hubiera podido saber cuál era la verdadera.

Cuando llegamos nos recibió la noticia del fallecimiento de la bruja... de la bellísima mujer que yo había dejado tendida en el suelo. Apenas tuve tiempo para pensar, porque el viejo cosaco me anunció que el terrateniente quería verme.

—¿Quién eres? ¿Cuál es tu profesión, muchacho? —preguntó, sin amabilidad, pero tampoco sin dureza.

—Soy seminarista, señor, Choma Brut, filósofo.

—Y tu padre ¿quién fue?

—No lo sé, distinguido señor, lo ignoro.

—¿Y tu madre?

—Tampoco conocí a mi madre. Según toda lógica debe existir una madre, pero quién era, de dónde era y cuánto vivió, lo juro que no lo sé, señor.

Tras guardar un instante de silencio el viejo me preguntó.

—¿Cómo conociste a mi hija?

—¿A su hija? —grité con toda mi alma—. ¡Juro por Dios vivo que no la conozco, señor!

—¿Dime, si tal es cierto, por qué te eligió ella misma para que le rezases las preces en lugar de otro?

Me encogí de hombros y esperé lo peor.

—¡Musité:

—Algunas veces a ustedes, a los señores, se les ocurren ideas que ni siquiera las personas más instruidas pueden entender.

—¿No me mientes, filósofo?

—No, señor. Que caiga ahora mismo un rayo sobre mi cabeza si le engaño.

—Mas, ella misma fue quien me dijo «que nadie rece oraciones por mí salvo el seminarista de Kiev llamado Choma Brut. El será precisamente quien durante tres noches rece por mi alma pecadora. El sabe...» pero mi dulce palomita falleció entonces sin poder decir nada más. Quizás ella hubiese oído hablar de ti por tus piadosas acciones, por la santidad de tu vida.

—¿Yo? ¿Yo, hombre de santa vida? ¡Que Dios os bendiga, señor! ¡Si yo estuve con una mujer la víspera de Jueves Santo...!

—De todos modos, eso no me importa... empezarás hoy mismo tu ministerio.

* * *

Aquí empieza la continuación, la historia de los tres cantos del gallo al amanecer.

Su cadáver estaba ya en la iglesia. Tres cosacos me acompañaron hasta la puerta y cerrándola me dejaron dentro, ¡solo! En el centro el negro catafalco. Los cirios ardían con luz mortecina, débilmente ante los iconos ennegrecidos. Las caras de los santos parecían mirar con el ceño fruncido.

«¿Por qué voy a tener miedo?», me dije. «Aquí no puede entrar nadie y por lo que a los malos espíritus se refiere tengo oraciones que demostraron su eficacia cuando ella quiso cabalgar sobre mí y al final terminé yo cabalgando sobre ella».

En el coro descubrí un montón de velas. «Esto va maravillosamente. Iluminaré bien toda la iglesia para que se vea como si fuese de día. Lástima que en la casa del Señor no esté permitido fumar en pipa».

Mi serenidad se quebró cuando me acerqué al catafalco. ¡Tan terrible y resplandeciente era aquella belleza!

Estaba a punto de apartarme cuando, impulsado por un extraño sentimiento, no pude resistir la tentación de volver la mirada para verla otra vez. Sentí un escalofrío: en la penetrante belleza de la muerta había algo turbador. En su semblante no había nada apagado; por el contrario todo él estaba vivo y me pareció que me estaba mirando a través de los cerrados ojos. Tuve la impresión de que por debajo de las pestañas del ojo derecho concretamente resbalaba una lágrima. Cuando ésta se detuvo en la mejilla distinguí con claridad, que se trataba de una gota de sangre.

Corrí pesadamente hacia el coro. Abrí el libro y para darme ánimo empecé a salmodiar con voz fuerte. Mi voz rebotaba en las paredes de madera de la iglesia, sordas y silenciosas desde hacía tiempo y sonaban de forma extraña en mis propios oídos.

«Pero, ¿por qué he de tener miedo? No se atreverá a salir del féretro, tendrá miedo de la palabra divina. ¿Qué clase de cosaco sería yo, si ahora tuviese miedo? Ya lo comprendo, he bebido un poco más de la cuenta y es eso lo que ahora me acobarda. Moleré un poco de tabaco. ¡Ah, buen tabaco! ¡Magnífico tabaco!»

Cada vez que giraba una página miraba de soslayo para el ataúd y una voz misteriosa parecía decirme «cuidado, cuidado ¡que se mueve! ¡Ahora se levanta, ahora saca la cabeza de la caja!»

Sin embargo, nada turbaba aquel silencio: el ataúd seguía inmóvil y las velas iluminaban profusamente el sagrado recinto. Volví a cantar en varios tonos con la secreta intención de acallar mis últimos restos de miedo pero a cada instante dirigía la mirada al féretro y me hacía siempre la misma pregunta.

«¿Y si se levanta? ¿Y si se pone de pie?»

El ataúd en su mudo silencio no se movía lo más mínimo. Apenas se podía oír el ligero chisporroteo de una vela, allá en el fondo o el blando sonido de una gota de cera al caer al suelo.

Y la inquietante pregunta volvía sobre mí de nuevo.

«¿Y si se levanta? ¿Y si se pone de pie?

De nuevo volví mi vista al ataúd, pero esta vez... froté mis párpados aterrorizado. Ella, en realidad, no estaba tendida, sino sentada. Me miró y luego volvió a mirar la caja. De pie, empezó a caminar por la iglesia con los ojos cerrados y los brazos extendidos. Iba directamente a mi encuentro. Tracé inmediatamente un círculo bendito a mi alrededor y recé fervorosamente con todas mis fuerzas los exorcismos que me había enseñado un monje que había sufrido muchas visiones de brujas y diablos.

Al llegar al círculo se detuvo. Su palidez se intensificó del mismo modo que ocurre en una persona muerta hacía más tiempo. Los dientes le castañeteaban; impotente, abrió los ojos, pero al no ver nada se volvió con furor hacia el lado opuesto y con los bra-

zos abiertos fue palpando los pilares y los rincones, dando la vuelta e intentando siempre entrar en el círculo en el que yo me encontraba. Por fin desistió y con un amenazador gesto de las manos volvió a acostarse en el ataúd.

A lo lejos, venturosamente para mí, cantó el gallo. El ataúd por sí mismo cerró su tapa.

Las horas del día fueron para comer y beber, sobre todo beber, siempre acompañado del cosaco de bigote canoso. A medida que se acercaba la noche crecía la angustia. Acaso por ello mi ración de vodka fue el doble de lo normal.

De nuevo solo en la iglesia, era ya el segundo día, lo primero que hice fue trazar el círculo. El era mi refugio. La garantía de mi escasa tranquilidad. Me dije, «¡este espectáculo ya no puede ofrecerme nada nuevo! Unicamente sentí miedo la primera vez. ¿Por qué otra?»

Saqué la tabaquera del bolsillo y antes de llevarme el polvo a la nariz me permití una temerosa mirada al ataúd. La sangre se me quedó cuajada en las venas: el cadáver estaba ya ante mí, en el borde del círculo, envolviéndome con una centelleante mirada verde. Volví a rezar con fuerza oraciones y exorcismos y el cadáver comenzó a gruñir sordamente y a pronunciar terribles amenazas inundadas de saliva en catarata. Sin duda se trataba de un hechizo. Seres malignos fuera de la iglesia golpeaban contra los cristales sus alas e intentaban penetrar en el interior para ayudar a la muerta. Ojos y puños cerrados en pleno temblor no cesaba de pronunciar exorcismos. De pronto, otra vez, venturosamente, una y más veces lo diré, sonó el canto de un gallo dando esperanza a un nuevo día.

Recuerdo que los que vinieron a buscarme ya de mañana, me encontraron semiinconsciente, así me dijeron, y temblando como una hoja, apoyado en la pared, los ojos desmesuradamente abiertos tenía buena parte de mis cabellos de color blanco: había perdido casi la mitad de mi vida.

Resolví hablar con el terrateniente. Así se lo dije a

mi continuo acompañante, el cosaco de los bigotes canos. Ya ante el hombre implacable, dije:

—Se trata de vuestra hija, señor. No hay duda de que su sangre es noble, pero tengo que decirle que...

—¿Qué tienes que decir de mi hija?

—Parece que ha hecho un pacto con el diablo, señor. Me da cada susto que no hay oraciones que valgan...

—¡Continúa rezando, continúa rezando! Por eso mi dulce hija se sentía tan preocupada por la salvación de su alma y deseaba evitar, mediante las oraciones, cualquier maleficio.

—Todo eso me parece muy bien, señor, pero yo no estoy dispuesto a continuar.

—¡Reza, reza! —repitió el señor con voz amenazadora—. No me gustan los caprichos. Tal vez te los puedas permitir en el seminario, pero aquí las cosas son muy distintas. Ve y cumple con tu deber. Si no lo haces no saldrás vivo de aquí. Si lo cumples recibirás mil ducados.

Era el último día. Aquella noche el gallo cantaría por tercera vez. Esa tarde bebí mi garrafón de vodka y con la ayuda del cosaco, sentados los dos debajo del porche, bebimos casi seis litros. De pronto me levanté y grité:

—¡Qué vengan los músicos! ¡Qué vengan los músicos!

Y rompí a bailar el *tropak*. Lo hice hasta caer rendido. Después un jarro de agua helada y la voz del cosaco canoso me devolvieron a la realidad.

—Es ya la hora —me avisó—. Vámonos.

«¡Así te quedases mudo, maldito cerdo!», pensé para mí. Mas, puesto en pie, exclamé: —Vámonos... aunque sea al infierno.

Ya dentro de la iglesia, me dije: «¡No tendré miedo, no tendré miedo! ¿Acaso no soy un cosaco? ¿No he oficiado ya durante dos noches? ¡Dios también me ayudará esta!»

Aquella postrera vez el vodka me hizo difícil la necesaria estabilidad dentro del círculo. El silencio era

siniestro. Intenté leer en el libro y advertí pronto horrorizado que lo hacía sobre páginas no escritas, en blanco. Asustado, hice la señal de la Cruz y comencé de nuevo a salmodiar.

De pronto, se oyó con estrépito que el ataúd se abría y el cadáver se ponía de pie. Le crujían los dientes de modo terrible mientras prorrumpía en salvajes maldiciones. Un torbellino incontenible hizo que los iconos cayeran al suelo y los cristales de las ventanas rompieran en añicos. Saltaron los goznes de las puertas. Innumerable legión de engendros irrumpió volando en la casa de Dios. Mas, al parecer, todos eran ciegos o por virtud del bendito círculo no me veían. Pero aquellos monstruos infernales volaban velozmente a mi alrededor apresándome casi con las puntas de sus repugnantes bocas. No quise mirar, no pude mirar hacia arriba, pero advertí, sin embargo, cómo un espantoso ente trepaba a lo largo de la pared, enmarañado en el lío de sus propios cabellos, como si se encontrase dentro de una red.

Encima de mí, justo encima de mí, colgaba en el aire algo en forma de una enorme bolsa repleta de tenazas y aguijones de escorpiones. Todos los babeantes engendros me acechaban, me buscaban, pero no conseguían encontrarme por virtud del círculo bendito.

Se oyó una gran voz:

—¡Traed al Viyi! ¡Traed al Viyi! ¡Traed al Viyi!

Un silencio peor que el ruido me envolvió de pronto.

Sin querer ver, con el rabillo del ojo descubrí cómo traían a un ser grosero, mecilento, patizambo. Estaba sucio de tierra negra, los brazos y las piernas le colgaban como nudosas y nervudas raíces. Andaba torpemente, tropezando a cada paso. Tras él, una luz fosforescente en forma de medallón me sorprendía y me alarmaba. Pensar en lo que digo: en aquellas circunstancias ¡había algo que me sorprendía y alarmaba a pesar de todo lo visto! Por ello, sin duda, cerré los

ojos. Los cerré con toda la fuerza de mi alma. Entonces la voz gritó:

—¡Hacedle que los abra! ¡Abrídselos!

Con un suspiro de voz, mi alma me aconsejó no mirar.

Pero la luz aquella en forma de medallón traspasó la carne de mis párpados y... miré. Sí, miré para desventura mía. El monstruo, dando un gran salto, me dejó ver mi perdición... ella viva, reluciente, hermosa y desnuda estaba ante mí. Extendió la mano derecha y dijo:

—Está ahí, ¡id por él!, ¡id por él!

En aquel preciso instante se oyó el canto del gallo, el tercer canto del gallo.

* * *

Agonizante, con un hilo de voz, Choma Brut creyó contar esta historia al cosaco de los bigotes canos. En el tiempo del relato el filósofo permaneció con los ojos cerrados. Cuando los abrió creyó morir más veces. Tenía ante sí a la vieja bruja, unas veces aparecida como tal, en su imagen primera, y otras como la hermosa mujer seductora.

Dio un salto y sobre las espaldas del pobre filósofo gritó enfurecida:

—¡Cabalga! ¡Cabalga!

Y todo terminó cuando el cuerpo de Choma, después de rebotar en la cúpula de un templo de Kiev fue encontrado hecho pulpa de sangre, reventado en el suelo por el terrateniente que iba hacia la iglesia para dar al filósofo la paga prometida.





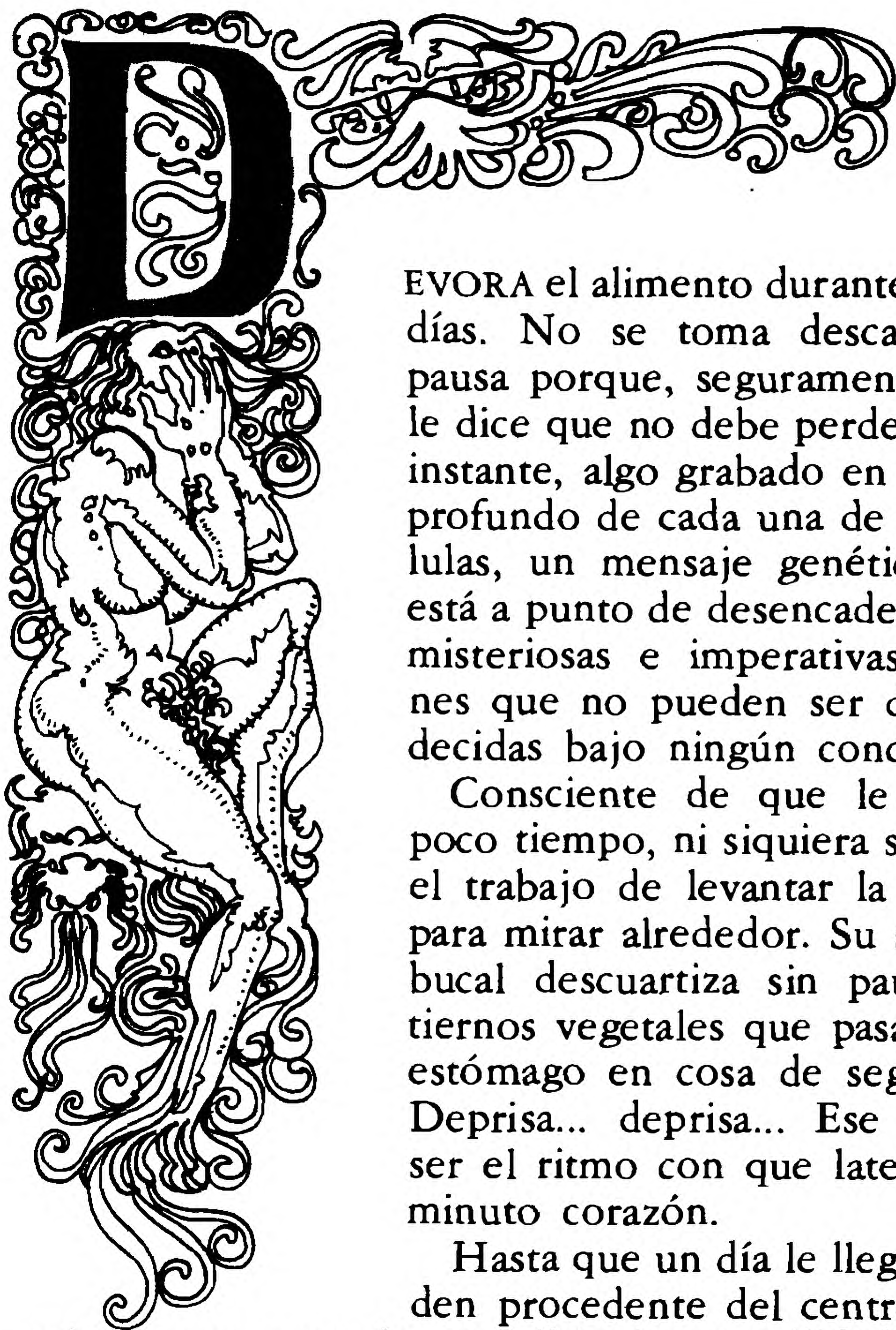
Metamorfosis



Metamorfosis

Pedro Montero

«¿Cómo?», se preguntó a sí mismo. «Tengo mis planes sobre tí», se respondió.
Y en aquel momento fue cuando sintió una punzada junto al corazón...



EVORA el alimento durante días y días. No se toma descanso ni pausa porque, seguramente algo le dice que no debe perder ni un instante, algo grabado en lo más profundo de cada una de sus células, un mensaje genético que está a punto de desencadenar sus misteriosas e imperativas órdenes que no pueden ser desobedecidas bajo ningún concepto.

Consciente de que le queda poco tiempo, ni siquiera se toma el trabajo de levantar la cabeza para mirar alrededor. Su aparato bucal descuartiza sin pausa los tiernos vegetales que pasan a su estómago en cosa de segundos. Deprisa... deprisa... Ese parece ser el ritmo con que late su diminuto corazón.

Hasta que un día le llega la orden procedente del centro de sí mismo y es presa de una súbita intranquilidad. Se retira a un rincón donde nadie pueda molestarle y, olvidándose del mundo circundante, comienza a aprisionarse con la sutil cadena que él mismo regurgita. Su cabecilla se balancea como si se tratara de una hábil lanzadera y vomita el celaje que va aislándolo de todo lo demás. Deprisa... deprisa... No sea que el misterio se produzca a la luz.

El sabe que la naturaleza desea que tengan lugar ocultamente, sin testigos curiosos. Hay misterios que no conviene ver. Hay arcanos de resultados tan imprevisibles y fascinantes que está decretado su absoluto ocultamiento. Hay transformaciones tan monstruosas, aunque la costumbre las despoje en parte de su terrible espanto, en las que de vez en cuando vale la pena meditar.

Haciendo caso omiso de la metamorfosis que se está produciendo en el seno de ese capullo oval, que la naturaleza tiñe de leve sonrosado o de pálido amarillo a fin de aminorar nuestro terror, nos parece esperable, y así lo aseguramos, que al final del proceso se destruya la sólida y provisional prisión (roída desde dentro, no conviene olvidarlo) y surja vacilante una grácil y bella mariposa, que al cabo de una hora lo será mucho más.

Con qué perseverancia contemplamos durante largo tiempo la aovada superficie esperando impacientes que surja el nuevo ser. Con qué tranquilidad asistimos impávidos a una muerte y a una resurrección. Qué alborozo experimentamos al advertir que unos diminutos dientes, unas pinzas o garfios (no pensamos en ello) roen la sedosa pared sin caer en la cuenta de que nunca se sabe lo que puede aparecer de pronto.

Ya sé por experiencia que es inútil tratar de preveniros acerca de los funestos peligros que pueden acarrear las cosas más comunes. De nada sirve que os haya dicho que conviene levantarse de tarde en tarde alguna noche y entrar en la cocina sigilosamente a ver si la nevera cumple su cometido en vez de...

Tomáis a broma el hecho de que os recomiende que no colguéis en vuestra alcoba ningún cuadro en que los retratados lo hayan sido a tamaño natural. No sea que...

Es inútil haceros advertencias para que no vistáis jamás las ropas de un cadáver. Porque puede ocurrir...

Sería perder el tiempo aconsejaros que no se os

ocurra olvidar vuestras gafas toda una noche bajo el claro de luna. Se arriesga demasiado...

¿De qué manera podría convenceros para que permanezcáis en los probadores el tiempo imprescindible? Porque podría ser que...

¿Cómo recomendaros que jamás de los jamases trateis de observar la luna llena a través de un caleidoscopio? Ya sabéis que...

Pero por lo menos habreis de recordar, porque no quiero responsabilidades, que cuando al fin y al cabo el gusano, y como tal terrestre, se ha convertido en mariposa que aspira a navegar por el espacio, sale de su prisión de manera violenta, mordiendo, despedazando, royendo, masticando...

Así que, la próxima vez que asistais a una metamorfosis (palabra ya terrible de por sí), y ruego a Dios que no sea la vuestra, no os acerqueis demasiado a mirar. Manteneos a una prudente distancia recordando lo que os he dicho, no sea que el neonato ser masticador se abalance sobre vuestra garganta y perfeccione en ella su reciente afición.

* * *

Cuando advirtió que le hacían esperar más de lo normal y que a pesar de haber llegado de los primeros se iban saltando su turno, comprendió que algo no marchaba bien.

Finalmente apareció la enfermera y con una sonrisa vacía le invitó a pasar al consultorio. El doctor le rogó que se sentara y se apresuró a manifestarle que no tuviera ningún tipo de recelos: no había ninguna enfermedad a la vista, aunque...

Levantándose de su asiento, el médico sacó de un archivador una serie de radiografías y examinándolas a contraluz seleccionó una de ellas volviendo a guardar las restantes en el sobre.

—¿Tiene usted hermanos? —preguntó.

Daniel denegó con la cabeza. El doctor se situó entonces a su lado y, elevando la placa para hacer visi-

ble por transparencia lo que la radiografía había captado, le señaló un punto concreto a la vez que explicaba:

—Esto de aquí es parte de un pulmón; aquí puede verse un fragmento de la aorta, y esto —dijo dando golpecitos con el índice sobre el celuloide— es lo que nos ha llamado la atención.

Daniel sólo distinguía manchas oscuras o más claras, pero lo que de momento le llamaba la atención era aquel empleo del plural. ¿Acaso era un plural de modestia o es que el médico había llamado a otros colegas suyos a consulta?

—Esta exploración radiológica a la que usted se ha sometido ha sido puramente preventiva, parte de un chequeo rutinario, por lo que me atrevo a suponer que no ha experimentado hasta la fecha ninguna molestia a la altura del pecho. ¿Me equivoco?, preguntó. Y como el paciente manifestara que no había sentido en efecto ningún dolor, el médico extrajo del sobre otra de las radiografías y añadió: Aquí puede apreciarse mejor. Para un profano este conglomerado no dice nada, pero un estudio concienzudo de las radiografías nos ha llevado a aventurar un diagnóstico que, naturalmente, habrá de ser confirmado con posterioridad.

—¿Tiene esto algo que ver con la ausencia de otros hermanos? —preguntó Daniel.

—No directamente —repuso el médico—, pero, ¿recuerda usted si ha habido en su familia algún caso de gemelos univitelinos?

Daniel respondió negativamente, pero pensó en David.

....

—Acércate, David. Ayúdame a llevar estos juguetes. ¡No, esos no! Toma, David. Vámonos a jugar junto a la fuente... ¿A que se está bien aquí?

Su madre interrumpió la labor unos instantes y miró hacia la fuente.

—Daniel, ¿con quién estás hablando?

—Con nadie, con David... ¿Te has dado cuenta? No nos dejan en paz. Vámonos debajo de la higuera, allí hace más fresquito. Corre, David, ¡a ver quién llega antes!

—Daniel, no me gusta que hables solo. Los niños no deben hacer esas cosas —dijo la madre.

—¿Por qué?

—Pues... no está bien, ea —manifestó la madre contemplándole desde su altura. Y cuando llegó su marido comentó con él aquella extraña manía.

—Quizá debiéramos poner remedio a eso —repuso él—. No me gustaría que Daniel fuera hijo único. Se crían muy mimosos y éste se aburre aquí solo en el campo, pero de todas formas ya se le pasará; me ha dicho el médico que la mayoría de los niños se crean amigos imaginarios.

....

Es cierto —comentó el doctor—. Y parece ser que en su caso usted se inventó un hermanito con el que jugar y al que llamó David. ¿Por qué?

—No lo sé, supongo que habría leído ese nombre en algún sitio. De todas formas, de alguna manera tenía que llamarle.

—Bien —comenzó el médico—, usted no tiene ninguna enfermedad, puede estar tranquilo a ese respecto, pero en este lugar de su pecho —dijo volviendo a señalar un punto de la radiografía— existe un quiste cuya naturaleza hemos podido establecer gracias al estudio comparado con otro caso acaecido recientemente, y de cuya noticia quizás haya usted podido leer algo en los periódicos.

—¿Soy un caso de feria, doctor? —preguntó Daniel.

—En absoluto —repuso éste—. Solo que no es algo muy corriente y cierta prensa sensacionalista aprovecha cualquier cosa con tal de vender más.

—¿Puede explicarme sin más dilación qué es lo que me pasa? —demandó Daniel con cierta alarma.

—En pocas y sencillas palabras, que tiene usted un hermano.

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente que lo que su madre concibió fueron gemelos. Hay ciertos casos en que el embrión no llega a desarrollarse normalmente y muere a los pocos días de haber sido engendrado— explicó el médico—. En la mayoría de estas ocasiones sobreviene un aborto, pero se han descubierto casos en que una mujer ha estado llevando en sus entrañas durante treinta o más años un embrión muerto que no fue expulsado. Lo cual ha llegado a descubrirse fortuitamente debido a una operación o a ciertas molestias sin importancia que la paciente sufría.

—No termino de comprender... —dijo Daniel.

—En otras circunstancias, el embrión, cuyo desarrollo se vio interrumpido, fue poco a poco rodeado por el sano (tratándose de un embarazo de gemelos) y asumido por éste, se depositó como un cuerpo extraño dentro de alguna de las cavidades del niño que después nació normalmente —explicó el galeno—. De esta forma, puede considerarse que lo que hay junto a uno de sus pulmones es un proyecto de lo que pudo ser un hermano gemelo suyo, pero que por alguna causa no prosperó.

Daniel permaneció perplejo ante la explicación y sintió una oscura sensación de náusea al saber que David, el imaginario hermano que se había creado como compañero de juegos, existía en realidad.

—No se puede contemplar bajo ese punto de vista —manifestó el doctor ante esta observación—. Ese conglomerado de células enquistadas ni siquiera puede considerarse una criatura, por tanto esto no debe constituir motivo de obsesión para usted. Pero, a pesar de que durante estos treinta y dos años de su vida semejante inquilino no ha causado molestias, ni es probable que las cause, una sencilla operación, sin más riesgo que el inherente a cualquier intervención

quirúrgica, le libraría de lo que puede llegar a convertirse, dado su carácter, en algo obsesivo y en causa quizá de algún desequilibrio psicológico —concluyó el médico.

. . . .

—Nos van a mandar a la escuela, David. ¿Tú quieres ir? Es mejor estar aquí en el campo, sin tener que hacer cuentas; allí además no podré hablar contigo ni jugar. ¿Qué vamos a hacer? Shhh... Calla, que aquí viene mamá.

—Bueno, esto se ha terminado. La próxima vez que te vea hablando solo te daré una paliza, ¿me has oído?

—Pero mamá...

—Nada.

—Estaba hablando con David.

—David no existe. ¿No sabes que la gente que habla sola no está bien de la cabeza? Y desde mañana mismo a la escuela; se acabó hacer el vago.

—¿También David?

—...

—¡Ay! ¿Por qué nos pegas?

. . . .

Daniel se apercibió de que, a pesar de las palizas de su infancia para que olvidara a aquel imaginario hermano, siempre había estado presente en su vida como un oscuro reflejo de sí mismo. Ni qué decir tiene que ya no compartía con él su vida ni sostenía tan animadas conversaciones como cuando era niño, pero al verse obligado a tomar una decisión o cuando su carácter retraído le hacía vacilar en determinadas situaciones, todavía sostenía algún breve diálogo consigo mismo, o con David, que al fin y al cabo era la misma cosa.

Por ejemplo, el día en que conoció a Gloria y regresaba a su casa después de haber dejado a la mu-

chacha en la suya, se sorprendió a sí mismo diciéndose cosas como: «¿Qué te parece, David? Es estupenda». Y se respondía: «Ya lo creo. Me gusta, me gusta mucho».

Pero como persona adulta y de cultura superior a la media, Daniel no pensó ni por un momento en relacionar seriamente al imaginario David con aquello que portaba dentro de sí. Aquel quiste supérfluo no era su hermano David, aunque algún sesudo psicólogo hubiera encontrado quizá cierta relación entre ambas cosas.

Como había dicho su padre, antes de que el asunto hubiera tomado mayores proporciones, la mayoría de los niños se inventan amigos imaginarios que más tarde desaparecen al canalizar su afectividad hacia personas de carne y hueso.

Recordaba, no obstante, que la amistad con su imaginario hermano se fue haciendo cada vez más profunda, y en vez de ir disminuyendo cuando conoció a otros niños e hizo más amigos, su relación con el fantástico hermano llegó a alarmar a sus padres que le llevaron a la consulta de un psiquiatra a fin de que el doctor erradicara la molesta manía de dialogar con David.

Aquella fue una de las épocas peores de su vida. Sometido a tratamiento médico y vigilado constantemente, su relación con el ficticio hermano fue reduciéndose a los límites de conversaciones y consultas formuladas mentalmente. Las amenazas de los mayores llegaron a tal extremo que ni siquiera se atrevía a invocar a David cuando en la soledad de su cuarto hubiera podido hacerlo en completa impunidad. Pero cuanto más disminuía aquello que sus padres y el doctor calificaban de manía, se sentía más melancólico y encerrado en sí mismo, y a tal extremo llegaron las cosas que, cuando conminado por las órdenes y consejos de los mayores apenas hablaba con David, cayó enfermo con una especie de melancolía depresiva impropia de la edad que por entonces contaba.

Al comprobar que la salud del niño se resentía a causa de aquel tratamiento y de las continuas amenazas para que dejara de entenderse con su imaginario David, los padres consultaron de nuevo con el médico y, de mutuo acuerdo, decidieron permitir que Daniel hiciera lo que deseara a aquel respecto. Esperarían a la muerte natural de David en lugar de provocar un «asesinato» tal vez perturbador para el niño.

Así pues, cuando Daniel conoció el diagnóstico emitido por el médico, experimentó una doble sensación: repugnancia por ser víctima de un fenómeno poco corriente, y un cierto alivio similar al que em barga a una persona que al cabo de mucho tiempo recupera algo que creía totalmente perdido.

Las primeras palabras que Daniel pronunció para sí al abandonar la consulta fueron: «Vaya con David. ¿Qué te parece?» y añadió: «Encantado de conocerte por fin». Y acto seguido manifestó: «Hola y adiós». «¿Cómo?», se preguntó a sí mismo. «Tengo mis planes sobre tí» —se respondió. Y en aquel momento fue cuando sintió una punzada junto al corazón, una especie de mordisco de pez que le obligó a entrar en una cafetería y a sentarse en una mesa encargando una infusión tranquilizante.

Cuando se repuso trató de convencerse de que aquel repentino malestar había sido algo puramente nervioso. Se miró en uno de los espejos advirtiendo que su rostro había recuperado el color; la momentánea náusea había cedido, y hasta tenía apetito, por lo que se decidió a comer allí mismo y, una vez iniciado el almuerzo, se notó tan hambriento que devoró una cantidad de alimentos suficiente para saciar a dos personas.

Aquella noche en casa de Gloria, y como habitualmente, terminaron la velada en la cama. Daniel no estuvo a la altura de las circunstancias, pero ella no le hizo ningún reproche, sino que atribuyó su decaimiento a algún problema pasajero.

En cierto momento Daniel encendió un cigarrillo y pareció a punto de decir algo.

—¿Qué ibas a decir? —le preguntó Gloria.

—Nos gustas —musitó él cerca de su oído.

—¿A los dos? —repuso su novia que conocía la historia de su infancia.

—A los dos —aseguró—, pero sólo yo tengo la suerte de abrazarte. —Y mordisqueó el lóbulo de su oreja para añadir a continuación—: ¿Qué pensarías si te dijera que voy a cometer un asesinato?

—En primer lugar preguntaría que a quién ibas a matar; por qué causa; qué ibas a ganar con ello, y si valía la pena arriesgarte a muchos años de cárcel.

—¿Y si te dijera que a quien pensaba matar nadie iba a echarlo de menos; que no hay móvil aparente para el crimen; que no voy a ganar nada con ello, y que nadie me podrá descubrir nunca?

—Respondería que es el crimen perfecto, y como todo lo perfecto detestable, y a la postre inútil. ¿Por qué ibas a matar entonces? —añadió Gloria continuando el juego.

—Por celos, porque te quiero exclusivamente para mí. Porque sé que tu segundo amante es mi imagen reflejada en el espejo, y no adviertes la diferencia cuando te hace el amor.

—Así pues —bromeó la muchacha—. ¿Vas a asesinar a tu propia imagen? Ten cuidado, Daniel. La única forma de hacerlo es cogerte a tí mismo por sorpresa y puede ocurrir, y ocurrirá sin duda, que os mateis los dos simultáneamente, porque los movimientos son paralelos, aunque invertidos. Quizá se rompa el espejo, en cuyo caso atraerás sobre tí, o sobre quien sobreviva, muchos años de mala suerte. O también puede ocurrir que tu imagen, que es réplica de tí en todos los sentidos, esté ya advertida de tus pensamientos, que al fin y al cabo son los suyos, y se te anticipe —y añadió sonriente—: ¿Quién me dice a mí que no has cometido ya el asesinato y que tú eres la sombra de quien yo quería? En lo que a mí respecta sería un crimen inútil, porque no advertiría

la diferencia. Y además tendría que ser un asesinato continuamente repetido, porque tu imagen volvería a formar otra cuando se contemplara en el espejo, y una vez muerta ésta habría un nuevo duelo, y así sucesivamente hasta la eternidad. Hazme caso —prosiguió Gloria afectuosa—. No cometas ese crimen, porque cuando Daniel está de mal humor yo me refugio en David, y cuando David no es cariñoso corro a lanzarme en brazos de Daniel.

—«¿Qué hacemos, David?» —se preguntaba Daniel—. «¿Dejamos las cosas como están?» Y se respondía: «Desde luego. No es un asunto grave en absoluto, y una intervención siempre conlleva cierto riesgo. ¿Qué dices, David?» Pero David permanecía mudo en aquella ocasión, y Daniel continuaba reflexionando acerca de la decisión que le convenía adoptar.

Después de mucho pensarlo decidió que lo más recomendable era someterse a la operación quirúrgica. Su temperamento tenía entreverado un ligero componente neurótico, y lo más probable era que aquel proyecto de ser afincado en sus entrañas acabara por convertirse en una obsesión. Aquello no era lo mismo que el juego de David, sino que tenía cierta entidad física, y sólo de pensar en su reducidísimo gemelo se le encogía el corazón.

«¿Qué te parece, David?» —se preguntaba. Y como un eco de sí mismo le llegaba la respuesta formulada también como una interrogante: «¿Qué te parece, Daniel?»

Y aquella misma noche telefoneó al consultorio del doctor anunciando su decisión de desembarazarse de su fallido hermano.

Entonces fue cuando sintió el segundo y más violento mordisco de pez en sus entrañas. «Puros nervios, David» —se dijo. Y David respondió: «Puros nervios».

Tomando un maletín, fue guardando en él un pijama, ropa interior, un batín, unas pantuflas, y todo

lo que parecía imprescindible para una estancia en la clínica, aunque Gloria, a la que comunicaría por la mañana su decisión, se encargaría de velar por todo lo que fuera necesario.

Iba ya a acostarse cuando sintió la necesidad de tomar un baño, un buen baño templado que relajara sus nervios y le dispusiera a un sueño reparador. Abrió los grifos regulando su caudal de modo que la mezcla resultante estuviera a la temperatura adecuada y regresó al dormitorio mientras se llenaba la bañera. Una vez en la alcoba se desnudó y contempló su pecho durante unos instantes intentando adivinar en qué lugar exacto estaría prendido aquel malogrado proyecto de hermano.

«Vamos a tomar un baño, David» —dijo para sí, pero David no hizo ningún comentario. «Espero que no te arrepientas a última hora» —añadió señalando con el dedo índice de su mano derecha a la imagen de sí mismo que le devolvía el espejo del armario. «Espero que no te arrepientas a última hora» —pareció decir la imagen del armario señalando con el dedo índice de su mano izquierda.

Se introdujo en la bañera y permaneció un buen rato gozando de la placidez que le proporcionaba el agua tibia y, de súbito, notó otra vez la punzada a la altura del corazón, y ahora más violentamente. «¿Qué te pasa, David?» —se preguntó, pero David permaneció en el más absoluto de los silencios. La punzada no desapareció a los pocos segundos, como había ocurrido en las ocasiones anteriores, sino que se prolongó tan nítidamente como el alarido de un tren nocturno, y Daniel sintió que le abandonaban las fuerzas.

Intentó sujetarse con las manos a los bordes de la bañera, pero éstas resbalaron a causa de la humedad del mármol y del escaso vigor con que se asía. Comprendió entonces que iba a hundirse sin remedio, y aunque hizo sobrehumanos esfuerzos para mover las piernas e incorporar la espalda, no logró ni tan si-

quiera alterar la tranquila superficie del agua que iba engulléndole poco a poco.

«¿Qué me pasa, David?» —dijo para sí— «¡Socorro, David! ¡Ayúdame!», pero todo fue inútil. David no se dignó responder y el agua le llegaba ya por la barbilla. «¡Socórreme, David!» —exclamó, y desde lo más profundo de su corazón, David contestó por fin recomendándole paciencia y especialmente mucha calma.

«Tranquilízate, hermano. No nos ahogaremos. Procura relajarte y todo irá mejor».

Su rostro se sumergió en el agua, y cuando su cuerpo estuvo por completo cubierto y reposando inmóvil en el fondo de la bañera, Daniel dejó de respirar, pero sus ojos siguieron contemplando borrosamente, desfigurados por la capa de agua, todos los objetos del cuarto de baño.

En aquella consciencia submarina, envuelto por el líquido elemento, Daniel experimentó la sensación de que algo iba creciendo y desarrollándose en el centro de su pecho.

«¿Qué nos pasa, David?» «No pasa nada, se trata de una sencilla e indolora transformación» —respondía su otro yo, mientras Daniel, con el aspecto de un ahogado, notaba que algo roía inexorablemente sus entrañas. Experimentó quizá la misma sensación que una mujer cuando el pequeño patalea dentro de su vientre, sólo que en este caso el pequeño no dejaba de crecer y crecer. Finalmente comprendió que estaba asistiendo en estado consciente a su propia metamorfosis.

Durante toda la noche permaneció inmóvil en aquella provisional tumba líquida y sólo tuvo el dudoso consuelo de escuchar la voz de David.

«Estoy junto a tu corazón, Daniel. Es rojo y palpitante, pero sus pulsaciones se han hecho ahora muy lentas, apenas una o dos por minuto. Tus pulmones, como dos grandes sacos, se bambolean repletos de agua, pero no te preocupes, Daniel, cuando nazcamos expulsaremos ese líquido y podremos respirar nor-

malmente. ¿No te importa que te devore el corazón? Ahora no te hace falta y pronto lo sustituiré por otro nuevo. Crezco... crezco... crezco... como un diminuto tallo de judía, y pronto mi cola rozará tu estómago. Tu corazón ya es mío. ¿Puedo descerrajar la jaula de tus costillas, hermano? Necesito espacio, porque ya estoy incómodo...

»He arrancado tus pulmones y me los he comido. Tengo tanta hambre... Las plantas de mis pies reposan sobre tu resbaladizo hígado que pronto morderé. No te inquietes, hermano, todo va bien. Se me enreda la cola entre tus intestinos, menos mal que pronto la perderé igual que un tallo que se seca. Voy a engullir varios metros de esos intestinos para saciar mi hambre y beberé, invirtiendo mi posición, unas gotas de bilis.

»Me desperezo y las imperfectas palmas de mis manos llegan hasta el interior de tus axilas y mis pies bailotean sobre la delicada membrana de tu vejiga. Ya puedo revolverme y girar sobre mí mismo con toda libertad. Gracias, hermano. Apenas te queda ya la cáscara, y esa parte de arriba, la cabeza, a la que estoy deseando llegar.

»¿Lo ves? Como una mano al guante me estoy ajustando a tí por dentro. Ahora mi cabeza va a entrar en la que era tuya para lo cual deberé devorar tu cerebro, que es un plato exquisito. Notarás un pequeño vahido, un momentáneo eclipse de visión y de entendimiento, pero al instante siguiente ya serás yo.

»¡Ahora!»

....

Experimentó un sueño delicioso y quizás oyó un lejano cántico de sirenas caníbales al que no pudo sustraerse. Inmóvil, pero a la deriva en las intermedias aguas de la bañera, se sumió doblemente bajo el mar de la muerte y permaneció en una dulce consciencia aletargada quién sabe cuántas horas. Después, cuando llegó el momento de nacer a este mundo, un

temblor súbito recorrió sus miembros, un espasmo tremendo le sacudió de los pies a la cabeza que emergió de las aguas, expulsándolas de sus pulmones en un aparatoso vómito. Sus manos ascendieron como si, nuevo Drácula, y esta vez submarino, saliese de la tumba, y sus dedos se engarfiaron a los bordes de la bañera.

Sus brazos, presa de temblores convulsivos, arrastraron tras sí al resto del cuerpo, que se irguió en toda su estatura y contempló el cielo con aire desdeñoso y triunfal, lo mismo que Caín debió de hacerlo aquel señalado (por lo funesto) día.

Abrió lentamente sus ojos a la luz y, un segundo antes de despejarse por completo, su lengua devoró su lengua y su boca a su boca. Después extendió uno de sus brazos, y abriendo el grifo de la ducha, dejó correr el agua mansa que le limpió de aquel segundo y no menos original pecado mientras no oía ninguna voz que le dijera: «¿Qué has hecho de tu hermano Abel?», porque de sobra sabía nuestro padre Adán que Caín y Abel no eran sino una única persona que se miraba en el espejo de las aguas del paraíso.

. . . .

Se secó cuidadosamente ante el espejo y a continuación vistió uno de sus mejores trajes. «Buenos días. ¿Cómo nos encontramos, Daniel» —y su reflejo respondió—: «Cómo nos encontramos, David?»

Dirigiéndose al teléfono, marcó el número de la clínica y dejó un mensaje en la grabadora anunciando su renuncia a cualquier tipo de operación. Acto seguido salió a la calle y se dirigió a casa de Gloria a la que encontró desayunando por lo temprano de la hora.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—Tengo que confesarte algo. Anoche no estuve muy brillante en el amor y tú, prudentemente, no me hiciste preguntas acerca del problema que sin duda me preocupaba. Ahora ya puedo decirte que ayer

pasé un mal día. Me sometí a una revisión rutinaria y los médicos me auguraron una terrible y extraña enfermedad —mintió—. Me aconsejaron someterme de inmediato a una compleja operación, pero no sé por qué motivos aplacé mi decisión hasta hoy. No te puedes imaginar la alegría que he sentido cuando en la Clínica, ahora vengo de allí, me han comunicado que había sido víctima de un espantoso error —mintió de nuevo—. Por una inexplicable confusión, de la que se han excusado multitud de veces, equivocaron mi radiografía con la de otra persona y me atribuyeron una enfermedad ajena, cuando tú misma puedes comprobar —le guiñó un ojo— que gozo de una salud de hierro.

—¿Cómo ha podido ocurrir eso? —dijo Gloria—, demándalos. Suponte que a causa de la impresión sufres un infarto de miocardio. ¿Y quién es ese desgraciado que padece el incurable mal que los doctores te atribuyeron en su confusión, mi querido David?

—Que más da, pero ¿por qué me has llamado David?

—No sé, quizá porque hoy eres otro hombre, más animado, como resucitado, diría yo. Ya sabes lo que me pasa: cuando Daniel está apagado me refugio en David, y viceversa. —Y vacilando un instante dijo—: Me da miedo preguntarte esto, pero, ¿era contra tí mismo contra quien iba planeado aquel crimen perfecto del que me hiciste partícipe? Quiero decir: ¿pensabas suicidarte?

El meditó un instante y movió la cabeza afirmativamente decidido a seguir mintiendo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella—. Pensar que por un lamentable error podías haber perdido la vida...

—Te ruego que lo olvides.

—Por eso nunca es aconsejable suicidarse. ¿Para qué reunir en una sola mano la acción y la pasión? Es demasiado. Ya habrá quien se encargue de suicidarnos algún día. Prométeme que nunca intentarás hacerlo nuevamente.

—No me exijas promesas de ese género. ¿Quién sabe las vueltas que da la vida? ¿Podrías tú, por ejemplo, prometerme la luna?

—Te la prometo, pero con la condición de que no me exijas nunca el cumplimiento de esa promesa. Asegúrame tú ahora que, en caso de desesperación, reflexionarás delante del espejo.

—¿Por qué delante de un espejo?

—Porque es pensárselo dos veces. ¿Qué otra cosa es la reflexión sino la contemplación serena de uno mismo?

—También te lo prometo, con la misma salvedad que tú hiciste. De todas formas, de ahora en adelante me miraré como a una persona diferente y nueva después de esta espantosa noche de pesadilla atemorizado por el diagnóstico de los doctores.

—Podría decirse con toda propiedad que has vuelto a nacer.

—En efecto, querida.

—Que has sufrido como una metamorfosis.

—Cierto, mi amor.

—Que eres un nuevo ser.

—Desde luego.

—Como si ahora fueras David.

—Sí.

PROXIMA APARICION



EL REHEN

68 VECES COBARDE

EL ASESINO DE LA SECCION DE ANUNCIOS POR PALABRAS

VOCES EN LAS CAÑERIAS

UN CHEQUEO MINUCIOSO

LA CALLE LARGA

EL ROBLE




27